

La Ilustración Artística

AÑO XXIX

BARCELONA 20 DE JUNIO DE 1910

NÚM. 1.486

PARÍS.—SALÓN DE LA SOCIEDAD DE LOS ARTISTAS FRANCESES. 1910



CARMEN, cuadro de P. Ribera

(Reproducción autorizada por el Sindicato de la Propiedad Artística.)

La protagonista de la célebre novela de Merimée ha llegado á ser un símbolo, y ello demuestra hasta qué punto el escritor francés supo hacer de su *Carmen* una figura-tipo, una de esas creaciones literarias que perduran al través de los tiempos, porque en ellas hay pasión, verdad, vida, porque son eminentemente humanas. De la *Carmen* de Merimée á la del cuadro de P. Ribera han transcurrido tres cuartos de siglo, y sin embargo, la chula de este lienzo es la misma de aquella novela y en ella se adivinan las mismas artes de seducción, las mismas diabólicas coqueterías que enloquecieron al *Don José* de la obra francesa y pusieron en sus manos el puñal que había de hundirse en el pecho de la infiel cigarrera. ¡Quién sabe si á esta *Carmen* también le está reservado igual destino!



Texto.—De Barcelona. *Crónicas fugaces*, por M. S. Oliver. — *Ley de raza*, cuento de A. Pérez Nieva. — *Calais. Trabajos de salvamento del «Pluviose»*. — *Nuevos presidentes de las Repúblicas de Panamá, Brasil y Costa Rica*. — *Maniobras del primer batallón sanitario femenino de Londres*. — *Monumento á Kosciuszko en Washington*. — *Problema de ajedrez*. — *Minnie* (novela ilustrada; continuación). — *Actualidades barcelonasas*. *Orfeón Donostiarra*. *Sport vasco*. *Concursos de tiro de pichón*. — *Reciente terremoto de Italia*. — *Viaje del emperador de Austria-Hungría á Bosnia y Herzegovina*.

Grabados.—*Carmen*, cuadro de P. Ribera. — Dibujo de R. Lelong que ilustra el cuento *Ley de raza*. — *Madre é hijos*, grupo de retratos pintado por Jorge de Forest Brush. — *El corro*, cuadro de Bertoldo Genzmer. — *Misa de precepto*, cuadro de José Benlliure. — *Calais, El salvamento del «Pluviose»* (tres fotograbados). — *Washington. Palacio de la Oficina Internacional de las Repúblicas Americanas*. *Bustos que han de figurar en la galería de celebridades* (lámina). — *Barcelona. Exposición de retratos y dibujos antiguos y modernos*. Salas 2.^a, 3.^a, 4.^a, 5.^a y 9.^a; (dos láminas con tres grabados cada una). — *Dr. Carlos Antohio Mendoza, presidente de la República de Panamá*. — *El mariscal Hermes de Fonseca, presidente de la República del Brasil*. — *Dr. Ricardo Jiménez, presidente de la República de Costa Rica*. — *Maniobras efectuadas en el Hertsfordshire por el primer batallón de sanidad de mujeres voluntarias inglesas*. — *Monumento á Kosciuszko en Washington*. — *Barcelona. Distribución de premios á los vencedores de los campeonatos del sport vasco*. *Vencedores de los campeonatos individual y por parejas*. *El Orfeón Donostiarra depositando una corona en el monumento de Clavé*. *Tribuna de los tiradores de pichón*. *El Sr. Gal, vencedor en el Campeonato de Barcelona*. — *El reciente terremoto de Italia* (dos vistas). — *Llegada del emperador de Austria-Hungría á Mostar, capital de la Herzegovina*.

DE BARCELONA.—CRÓNICAS FUGACES

El cometa de Halley se aleja rápidamente de la tierra para no reaparecer hasta pasados setenta y cinco años... Antes de despedirnos definitivamente de la molesta visita sideral, convendría tal vez dedicarle un comentario para instrucción de las generaciones presentes y venideras. Pero, ¿es que la humanidad está dotada de la virtud del escarmiento? No sé donde he leído que la experiencia sólo tiene eficacia cuando la hemos padecido de un modo directo y en cabeza propia; y entonces es cuando ya no nos sirve, porque difícilmente volverá á presentárenos la misma ocasión ni volveremos á encontrarnos en idénticas circunstancias.

Sería edificante reunir en un volumen, por orden cronológico, los textos más ó menos científicos que dieron lugar al espanto de la humanidad con motivo de la aproximación del apreciable cometa, coleccionar las revelaciones sensacionales, los augurios terríficos, las informaciones de los periódicos, para legar ese volumen á los hombres del porvenir, á los que en 1985 presenciaron la nueva aparición del viajero celeste, como diciéndoles: «He aquí la historia del pánico anterior; á ver si seréis lo bastante majaderos para reincidir.»

Porque lo curioso de esta historia es que ha tenido un origen casi científico. Hablamos con desdén de las supersticiones antiguas y de los terrores medioevales. Hablamos de las conquistas de la ciencia y de cómo van disipando las tinieblas de la barbarie y arrancando cada día un poco del *ignorabimus* eterno. Mas, he aquí, que á juzgar por el espectáculo dado por el mundo en estos últimos meses, se diría que sólo cambia la epidermis de las cosas, pero que la humanidad es substancialmente la misma en todos los tiempos y á través de todos los estados de cultura. Cuando llega el caso de una alarma, ésta se reproduce como hace tres mil años. Varía únicamente la modalidad, pero el fondo queda inalterado. Unas veces nos alarma lo que ignoramos, lo misterioso; otras veces, como ahora, lo que pretendemos saber, lo científico.

Y ¿qué me importa si el error nace del arúspice, que pretende leer en las entrañas de una víctima sacrificada y en la dirección de la columna de humo de un fuego ritual, ó si nace de un doctor moderno que, armado del espectroscopio, deduce que la humanidad desaparecerá intoxicada por los vapores de cianuro que forman el apéndice caudal del cometa? Los químicos de última hora no han sido de mejor condición que los viejos astrólogos ni que los magos caldeos. Los augurios cabalísticos de un Arnaldo de Vilanova acaban de reproducirse bajo la apariencia de verdades experimentales y hechos de metódica observación. Y en muchas partes de la Europa civilizada las multitudes han pasado unos meses de vi-

dadera inquietud y el terror ha enloquecido á muchos hermanos nuestros y ha causado no pocas víctimas.

* *

En esta ocasión Barcelona se ha distinguido por su sensatez, es decir, por su estado de perfecta indiferencia ante un fenómeno absolutamente normal. Ni ha registrado escenas grotescas de pánico colectivo, ni pasiones de ánimo y suicidios individuales, ni se entregó tampoco á los transportes de alegría ignorante ó forzada que tomaron en algunas capitales aspecto de ganas de aturdirse.

Verdad es que la prensa sensacional ó «amarilla» de todo el globo, tomó el asunto por su cuenta y ensayó una nueva forma de reporterismo alarmista: la forma astronómica, todavía inédita. Diríase que los años que vivimos se distinguen por un matiz de terror en todas las manifestaciones. Terror en la literatura por medio del *sadismo* y de la *hemofilia*; terror en la política por el predominio ó avance de la cuestión social; terror en el arte y en la vida, con el apachismo y la explosión dinamitera; terror en el folletín carcelario y en la película de los cinematógrafos. Faltaba el terror nuevo: el cósmico, el interplanetario; y el cometa de Halley ha servido para introducirlo y para ensayar esa nueva excitación de la sensibilidad humana, llevada hasta los mismos lindes de la *hiperestesia* por el sistema de publicidad imperante en los grandes centros del planeta.

Ahora parece que todo el mundo se ríe de la falsa alarma y que pretende recriminar por ella al vecino. Los mismos diarios que habían publicado bajo títulos de página entera, con epígrafes sensacionales, las declaraciones de los pseudo astrónomos y pseudo químicos, han cultivado después la nota ligera y han jugado al vocablo apurando todos los *calembours* de que pueda ser susceptible un cometa y su rabo. Recuerdo, á este propósito, que en mi ciudad se estableció, cierta vez, una subasta permanente; y allí se pasaba el subastador largas horas pregonando objetos, declarando posturas y rematando, al convenirle así, ante un público de provincianos deseosos de distracción. En una ocasión en que se excedía á sí propio por la verbosidad y las ponderaciones del artículo puesto á subasta, acertó á pasar un golfillo. — ¡Farsante!, — gritó desde la puerta, apretando á correr. Y entonces el hombre de la subasta desvió, imperturbable, la puntería del insulto, preguntando á sus oyentes: — ¿Con quién de ustedes irá esto?

Tal ha acontecido ahora con el pánico del cometa del cual nos hemos salvado aquí, más todavía que por efecto de la opinión de los doctos ó por la fuerza de los razonamientos científicos, en virtud de un sentimiento ó voz de la conciencia que nos afirmaba la estabilidad del orden cósmico y venía á decirnos que en trances análogos se ha hallado la tierra cuatro ó cinco veces por siglo, cuando no por decenio sin que nada aconteciera. Esta noción, inmanente en el fondo de nuestro espíritu, fué para muchos la decisiva y logró triunfar de las hipótesis alarmantes y de las improvisaciones técnicas de los *amatéurs*.

Sin perjuicio de lo cual, dentro de setenta y cinco años, ó antes si se presenta otro motivo, la humanidad repetirá el mismo espectáculo no valiendo de nada lo acontecido ahora, como de nada nos ha valido ahora lo que aconteció hace cincuenta, hace doscientos, hace mil años.

* *

Por cierto que en el mismo instante en que, á tenor de las predicciones, debía acontecer el fin del mundo, Barcelona daba comienzo á sus festejos de primavera y Buenos Aires á la conmemoración del primer centenario de la independencia argentina.

¿Hasta qué punto puede celebrar fiestas una capital de la índole de Barcelona cuando no les sirve de motivo una gran fecha, un poderoso estímulo social distinto del de divertirse ó atraer forasteros? Las poblaciones de segundo y tercer orden, los pueblos rurales, celebran fiestas respondiendo á una íntima necesidad y cumpliendo un objetivo que podríamos llamar de naturaleza. Es un modo de romper la monotonía habitual, de recibir y llamar á la gente, de acelerar las transacciones, de ponerse en contacto con los demás habitantes de la comarca. Una ciudad pequeña, con poco esfuerzo, puede ser convertida en un asca de oro y ofrecer un aspecto de animación y esplendor inusitados.

Cuando se trata de la gran capital el esfuerzo ha de ser proporcionalmente mucho mayor. Aun tirando el dinero á manos llenas se corre el peligro de que todo resulte pobre, fragmentario, incoherente. Hay que limitar los festejos, los adornos y las iluminaciones á una zona muy reducida; no puede parti-

cipar de ellos la población en conjunto, y, entonces, el contraste entre la parte favorecida y la preterida es de deplorable efecto. Lo que nace de la misma imposibilidad material parece obra de la sordidez y al anuncio pomposo de los festejos sucede el desencanto ó como la confesión de impotencia.

Las grandes poblaciones son ferias, son fiestas permanentes. De aquí debe derivar su principal atractivo. La propaganda para la atracción de los forasteros, más que esas celebraciones aisladas y extraordinarias, debe tomar por base el interés y la variedad continua de su vida social, de su arte, de su cultura, de sus espectáculos, de sus museos. Toda metrópoli, digna de este nombre, no puede obrar de una manera intermitente. Ha de llamar la atención siempre y á todas horas, en su *deshabillé*, en sus momentos de intimidad y franqueza, tanto como en las solemnidades y exhibiciones de gala.

Conviene, pues, organizar los atractivos permanentes, aumentar los servicios de representación, arraigar la flor de la amenidad, que no crece sino después que la «utilidad» la ha abonado largamente. Conviene orientar en este sentido la obra futura de la atracción, amueblando decorosamente, y no para un día, sino para todos, la sala de recepciones. Cuando se disponga de los paseos, parques, recreos, alicientes y perfiles que hacen agradable la estancia en una ciudad por su hechizo indefinible, sin saber por qué, en virtud de una gracia misteriosa que es el resumen de mil y mil primores, como el aura de un jardín es el resumen de mil y mil fragancias; cuando Barcelona haya experimentado esta última transformación y por encima de su carácter de gran emporio industrial y marítimo, resplandezca la aureola de la belleza mediterránea, del interés artístico y de la amenidad social, entonces sin necesidad de recursos artificiales, atraerá al viajero y lo retendrá en sus hoteles, si no le anima á construirse aquí, prosiguiendo la vieja tradición del capitalista americano que hallaba en Barcelona la impresión del retorno á la madre patria con todo el espíritu de la joven América.

* *

¿Quiere esto decir que deba renunciarse al viejo proyecto de otra gran Exposición, universal, mediterránea, latina ó como convenga llamarla? De ningún modo. Todo lo que se dirija al objetivo que vengo indicando, se dirige también á preparar un gran certamen, una gran recepción del mundo. Esas exposiciones son fecundas, sobre todo, por el esfuerzo previo que requieren y por lo que dejan detrás de sí. Los edificios improvisados, los jardines de quita y pon, las fuentes luminosas, las aceras circulantes, los arcos de cartón-piedra y los gallardetes, son fantasmagorías de una hora. El residuo que se busca es *lo que queda después*, lo que de un modo definitivo se incorpora al patrimonio permanente de la gran capital, bien en mejoras urbanas, bien en edificios y fundaciones, bien en aumento de población, bien en ensanche del espíritu y afinamiento y superioridad de costumbres...

Eso, eso es lo que debemos pedir á la soñada Exposición que no sabemos cuándo nos hallaremos en ocasión de celebrar ni en qué momento la impondrá nuestro patriotismo con apremio inaplazable. Veintidós años han pasado ya desde la fecha memorable de 1888. Una nueva generación ha surgido ya desde entonces que se halla en la plenitud de sus años y una juventud alborea también; ambas tienen el derecho y el deber de producir su obra.

Claro que el éxito obtenido en 1888 y las exigencias de nuestra época obligan á mucho más y no permiten dar un paso en falso. Pero Cataluña ha de equilibrar su antigua y permanente actividad *social*, que es su genio propio, con la actividad *política* que, por efecto de circunstancias generales á España y al mundo entero, la han preocupado preferentemente durante los últimos lustros. Es preciso levantar nuestro espíritu de la depresión aparente en que ha venido á caer y que á muchos preocupa por no estar familiarizados con nuestra historia. Es preciso dar un derivativo á las pasiones, aprovechando la primera circunstancia favorable.

La historia de nuestro pueblo nos presenta, como carácter supremo de su personalidad, el no doblegarse ni adaptarse al infortunio. De sus grandes reveses se levantó siempre con la tenacidad silenciosa del trabajo. Se acostó infeliz y vencido y amaneció sobre el yunque preparando la riqueza y el resurgimiento de mañana. Y esto una y otra vez, después de 1640, de 1714, de 1814, de 1844... ¿Qué significan nuestras dificultades actuales, aun reconociéndolas efectivas; qué significan al lado de aquellas catástrofes?

MIGUEL S. OLIVER.

LEY DE RAZA, CUENTO DE ALFONSO PÉREZ NIEVA



Jorge agita su sombrero...

En la celda blanca rectoral de los benedictinos de Aubepine, cerca de Ploermel, en el viejo solar bretón de añeja cepa católica, un cuartito tranquilo lleno de paz y de silencio, por la abierta ventana del cual se meten las ramas florecidas de un viejo manzano del huerto. Pocos muebles; un sólido sillón de baqueta, una mesa cargada de infolios, con un Santo Cristo de talla, un estante con libros encuadernados en pergamino; oculta por una cortina de percal, la humilde cama de hierro y el modesto palanquero; dos ó tres sillas respaldadas contra la encalada pared.

En la estancia, el barón de Kimper, un anciano recio y alto, de abundantes bigotes blancos y de aspecto marcial, con el botón rojo de la Legión de Honor en el ojal; el padre prior, un viejecito de rostro chupado, envuelto en sus hábitos negros, y Jorge Dupont, un teniente de dragones, con el uniforme de rojo pantalón acusando la cabalgata reciente en el polvo posado en las mediasbotas. Los tres sentados; el prior en el fraileiro de baqueta y el noble y el militar en sillas.

BARÓN (con triste dignidad).—Doy á usted las gracias, señor teniente, por haber deferido á mis ruegos viniendo á escucharme aquí; pero he creído que sin mengua para su honroso uniforme bien podía oírme dos palabras...

JORGE (inclinándose).—Estoy á sus órdenes.

BARÓN.—De antiguo, desde los tiempos de Carlo Magno, este convento se halla bajo el patronato de mi familia, uno de cuyos antepasados lo fundó de vuelta de las Cruzadas. Es una pía hijuela de raza, legada como una sacra reliquia de padres á hijos... Por eso en cuanto se decretó la expoliación... (Interrumpiéndose y mirando frente á frente á su interlocutor.) Caballero teniente: yo también he sido soldado. ¿Puedo hablar á usted como los soldados se hablan, con el alma en los labios?

JORGE.—Hable usted.

BARÓN.—¿Es usted creyente?

JORGE (palideciendo, pero con decisión).—¡Lo soy! Mi bisabuelo murió en el patíbulo cuando la Revolución del 89. De entonces, confiscados todos los bienes de mi familia por su filiación realista, nos viene la ruina en que hemos vivido sepultados. Pero si perdimos la riqueza, hasta no contar yo, su último vástago, con otro patrimonio que con mi espada, no perdimos la fe.

BARÓN (poniéndose en pie con ímpetu).—Entonces, ¡no se ofenda usted, hablo siempre con el soldado!, entonces ¡no ha meditado usted en el paso que da, poniendo su noble espada al servicio de esta mala causa? Ya sé que la disciplina militar es inexorable, pero más lo es la conciencia que está sobre ella. La expulsión de los buenos frailes es un despojo á más

de un atropello, cometido por esa demagogia hidrofoba que nos domina. ¿No patrocinan en ese satánico París la libertad de pensar? Usted, católico de abolengo, que se arrodilla ante los altares, no puede clavar en ellos su espada. Repito que no se ofenda usted.

TENIENTE (más pálido aún y levantándose también trémulo).—¡Ah, no, señor barón, no me ofendo! He venido aquí contra mi voluntad, por hábito de disciplina, á hacer, efectiva á la fuerza, la orden de la comisaría departamental, pero protestando en mi fuero interno de la medida. Pero no basta esa protesta cobarde é inédita. Por su boca de usted han hablado todos los míos, todos mis antepasados, la tradición de mi familia. Usted me ha deprecado en nombre suyo. ¡Basta de vilipendio!

PRIOR (abriendo las manos como un santo en oración).—¿Qué dice usted?

JORGE.—Que desde ahora mismo me considero desligado de mis deberes militares y me vuelvo á la capital con mi destacamento sin hacer nada. En cuanto llegue pido mi licencia absoluta. Y si la ocasión lo exige y surge una nueva guerra vendeana, mi espada será la primera en pro de la buena causa.

BARÓN (abrazándolo).—¡Es usted un noble corazón que no olvidaré nunca!

PRIOR (haciendo la señal de la cruz).—¡Dios le bendiga, hijo mío!

El teniente los saluda militarmente y sale de la estancia procurando dominar su emoción.

Dos años después. En el cuarto de trabajo de la casa solariega del barón de Kimper en Proermel, una habitación un poco arcaica y provinciana, vestida de verdeoscuro, con cortinajes de terciopelo y estanterías de roble cargadas de libros. Sobre el gótico sillón tallado que tiene delante la amplia mesa renacimiento, colgado de la pared, un gran retrato del Padre Santo en litografía con dedicatoria autógrafa. Algunos cuadros al óleo de asuntos religiosos, viejas obras heredadas como el patronato de la abadía de Aubepine, de generación en generación, y que acusan el pincel místico de un Van Eyk. Todo en la estancia respira tradición y acatamiento al pasado; es un altar en que sigue oficiando el ayer.

BARÓN (recorriendo la estancia á grandes pasos y monologando con los ademanes maquinales de la persona presa de una gran preocupación).—¡Ah, Dios mío, Dios mío, que no sea cierta mi sospecha, que sea efectivamente esa doncella la protagonista de tales amores! ¡Cómo! ¿Sería posible en mi hija, educada en las austeridades del más estricto respeto á su padre, sería posible en ella que hubiera dado oído

á las palabras de un hombre, á mis espaldas, sin consultarme previamente, ya se trate de unas relaciones honestas y decorosas en que no padezca lo más mínimo su virtud? ¿Desde cuándo las hijas prescinden así de sus padres, que son el jefe de la familia? ¡Olivarse así una Kimper del nombre que lleva!.. (Suenan dos golpecitos en la puerta.) Aquí está Julieta. ¡Valor! Adelante.

JULIETA (vestida de negro, con el peto blanco de su delantal sujeto por dos broches de filigrana. Entra tímida y recelosa, quedándose aterrada ante la actitud glacial del barón).—Mande el señor.

BARÓN (procurando dulcificar su acento).—Vamos á ver, hija mía. Usted es antigua en la casa, puede decirse que se ha criado en ella. Todos la queremos como se merece... Justicia seca, no proteste usted. Por eso mismo espero que me conteste á lo que voy á preguntarle con el corazón en la mano... ¿Me lo promete usted?

JULIETA (confusa, presintiendo el peligro).—¡Señor!

BARÓN.—¡Prometido, prometido! ¿No es verdad? Bueno. Abreviemos. Sé positivamente, lo sé. ¡Me consta! Sé que recibe usted muy á menudo cartas de Provenza y que hoy mismo ha recibido usted un paquetito postal... ¿Es cierto?

JULIETA (muy pálida).—¡Señor!.. ¡Yo!..

BARÓN (envolviéndola con sus miradas incisivas).—Va usted á decirme la verdad desnuda. ¡Se lo ruego! ¡Lo exijo! Aunque esas cartas vienen á nombre de usted, no son para usted. (Bruscamente y fulminándola con los ojos.) Son para... para mi hija.

JULIETA (con los párpados cuajados de lágrimas).—¡Oh, señor, yo le juro!

BARÓN (iracundo).—¿Es exacto? Conteste en el acto, categóricamente, sí ó no. ¡Ah! ¿No se atreve á negarlo? Está bien, su silencio es una afirmación... ¡Basta! ¡No necesito más! ¡Retírese usted! ¡Ya sabré lo que he de hacer!

(La doncella sale anonadada y el barón se deja caer en un diván con la desolación y la ira pintadas en su semblante.)

Media noche. La habitación de Elena, la baronesita de Kimper, una dulce joven en sus diez y ocho años, de figura casta como una Virgen de Rafael. Está sentada, enfrascada en la lectura de una carta, teniendo ante ella un retrato en fotografía. La mesa en que escribe es un mueble imperio de caoba con aplicaciones de bronce dorado y multitud de cajoncitos con durros tiradores, en un cuerpo alto, coronado de varios muñequitos de China. El cuarto vestido de blanca seda constituye un estuche digno de la figura que lo habita.

ELENA (después de meditar unos instantes y dejan

do correr la pluma).—Tengo un miedo horrible Jorge, tengo el presentimiento de una gran desgracia. A pesar de nuestras precauciones, sospecho que mi padre se malicia algo. Tus cartas son mi vida, pero... pero creo que sería prudente suspenderlas por ahora... (Se interrumpe; más que advertir adivina alguien detrás de ella. Se vuelve y distingue á su padre, rígido, en pie, en la sombra en que queda la estancia, iluminada sólo por la bujía ceñida de una pantallita rosa, en actitud amenazadora y trágica.) ¡Jesús! (Se levanta precipitadamente intentando ocultar el retrato y las cartas.)

BARÓN (atajándola y apoderándose de uno y otras).—¡Quieta! (Elena permanece inmóvil, sin habla.) No me has sentido llegar. He tenido que empujar la puerta, andar, aunque sobre alfombra. ¡Y nada!.. A tal extremo estabas hundida en tu ensimismamiento. (Pausa. Con voz breve y dura.) ¿Conque es decir que era cierto? ¡Tú, una Kimper, olvidándote de que por falta de tu santa madre, que Dios haya, lleno yo su hueco, de que antes que padre soy para ti ó debo ser un confidente y un amigo, has osado dar oídas á un hombre sin consultarme antes si ese hombre era digno!

ELENA.—¡Perdón, perdón, padre mío! (No prosigue, bañada en llanto.)

BARÓN.—De nada me ha servido la educación que te he dado, las ideas que procuré inculcar en tu mente. De nada el recuerdo de mi confianza y de mis cabellos blancos. ¡Ah hija rebelde y despiadada!

(Permanece un instante mudo procurando mantenerse sereno. Luego requiere la comenzada carta y el retrato que sujetaba febrilmente en su mano izquierda.) Veamos quién es el osado y el feliz mortal. (Contempla la fotografía que representa á un joven teniente de dragonés.) ¿Cómo? ¿Este es? (Lee rápidamente las cuatro líneas de la interrumpida epístola.) ¡Jorge, Jor-

gel! (Con ansiedad, lanzando un grito) ¿Jorge Dupont? ELENA (levantándose trémula, anhelante).—¿Le conoce usted?

¿Que si le conozco? ¡El corazón más hermoso que late en la tierra! ¡Ven, ven! ¡Cuéntame, cuéntamelo todo, yo también te contaré!..

Y sin soltar á su hija, la arrastra á un diván próximo, sentándose á su lado sin dejar de acariciarla tiernamente.

El palacio de campo del barón de Kimper, á pocos kilómetros de la ciudad, con su barroca terraza abalaustrada de piedra, su escalinata orillada de jarrones de mármol á los lados de la meseta en que termina, sus amplias puertas acristaladas de la galería baja y su lago, en el que murmura un surtidor recto como una hoja de acero. Al pie de la escalinata, un automóvil amarillo de carretera, con su chauffeur en el pescante y dentro Elena de Kimper, envuelta en su cubrefolvo gris, la cabeza entre una nube de tul y á su lado Jorge Dupont, ambos radiantes de dicha. La alta figura del barón, con su contuyente de patriarca, en la plataforma de la escalera. Todos los hermanos, los sobrinos, los primos, cabelleras blondas, cabelleras blancas, todos los Kimper, y todos vestidos de gala, ellas de sombrero de pluma, ellos de levita, alternando con la más distinguida sociedad de Proermel. No faltan ni hasta las niñas de seis ó siete años, ni hasta los querubines de pecho. La boda se ha verificado por la mañana; todas las muchachas ostentan en el pecho una florecita de azahar del tradicional reparto. Ha llegado el momento de partir. El primo Luis, el oficialito de línea, requiere su maquinita

fotográfica, Jorge agita su sombrero, lágrimas, exclamaciones, gritos, besos, aplausos, un «¡Vivan los novios!» unánime, el Panhard que arranca y el barón que se queda murmurando:

—¡Y pensar que sin la expoliación del convento de Aubepine! ¡Dios mío! ¡Qué misteriosos son tus designios!

(Dibujo de R. Lelong.)



Madre e hijos, grupo de retratos pintado por Jorge de Forest Brush (Exposición de Arte americano, de Berlín. 1910.)

BARÓN.—¿Jorge Dupont, hoy separado voluntariamente del servicio?

ELENA (cogiendo arrebataadamente las manos de su padre.) ¡El mismo! ¿Le conoce usted?

BARÓN (atrayendo á sí á su hija y estrechándola contra su pecho, con los ojos llenos de lágrimas).—¡Ah Elena, Elena mía, Dios misericordioso ha tenido



El corro, cuadro de Bertoldo Genzmer. (De fotografía de la Nueva Sociedad Fotográfica, de Stieglitz-Berlín.)

MISA DE PRECEPTO, CUADRO DE JOSÉ BENLLIURE. (Exposición Internacional de Buenos Aires.)



Hondamente sentida es la escena que este hermoso cuadro reproduce; de toda ella emana un espíritu de religiosidad que llega al alma. La unción del celebrante, la devoción de los humildes fieles, la sencillez misma de la capilla, todo contribuye á despertar en nosotros las dulces emociones de los grandes misterios del catolicismo y á elevar nuestros pensamientos al cielo.

CALAIS.—LOS TRABAJOS DE SALVAMENTO DEL «PLUVIOSE»

Los trabajos para extraer del fondo del mar el sumergible *Pluiose*, de cuyo naufragio dimos cuenta en el número 1.484 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, han sido difícilísimos. Las cadenas con que se sujetó el barco á fin de poder

primeros momentos pudo sacarse el cadáver del timonel Lebreton, á quien la muerte había sorprendido en su kiosco, y que fué conducido á un cobertizo previamente dispuesto para recibir, á medida que se extraigan, los cuerpos de los infelices naufragos; poco después, sacábase otro, el del alférez de navío Engel.

Reconocido detenidamente el *Pluiose*, se ha visto que tenía dos brechas y un agujero en la parte de babor, hacia la popa: una de las brechas tiene cuatro metros de largo por 60 centímetros de ancho; la otra, 1'80 metros de largo por 24 de ancho, y el agujero 20 centímetros de diámetro.

Mientras unos obreros procedían á tajar las brechas y el agujero, otros derribaban los tabiques interiores del barco, para poder penetrar en los diferentes compartimientos de éste é instalar los aparatos de achique y facilitar la extracción de los cadáveres.

Cinco de éstos fueron sacados el día 12. La aparición de cada uno de ellos producía tristísima impresión en cuantos tomaban parte en los trabajos: los marineros, descubiertos, formaban una doble fila, y el cadáver, colocado en la lancha sanitaria y envuelto en un lienzo, era conducido al depósito mortuario. Según dictamen de los médicos que los han reconocido, la muerte de los tripulantes del *Pluiose* debió ser instantánea ó poco menos; y así lo confirma el hecho de que los relojes

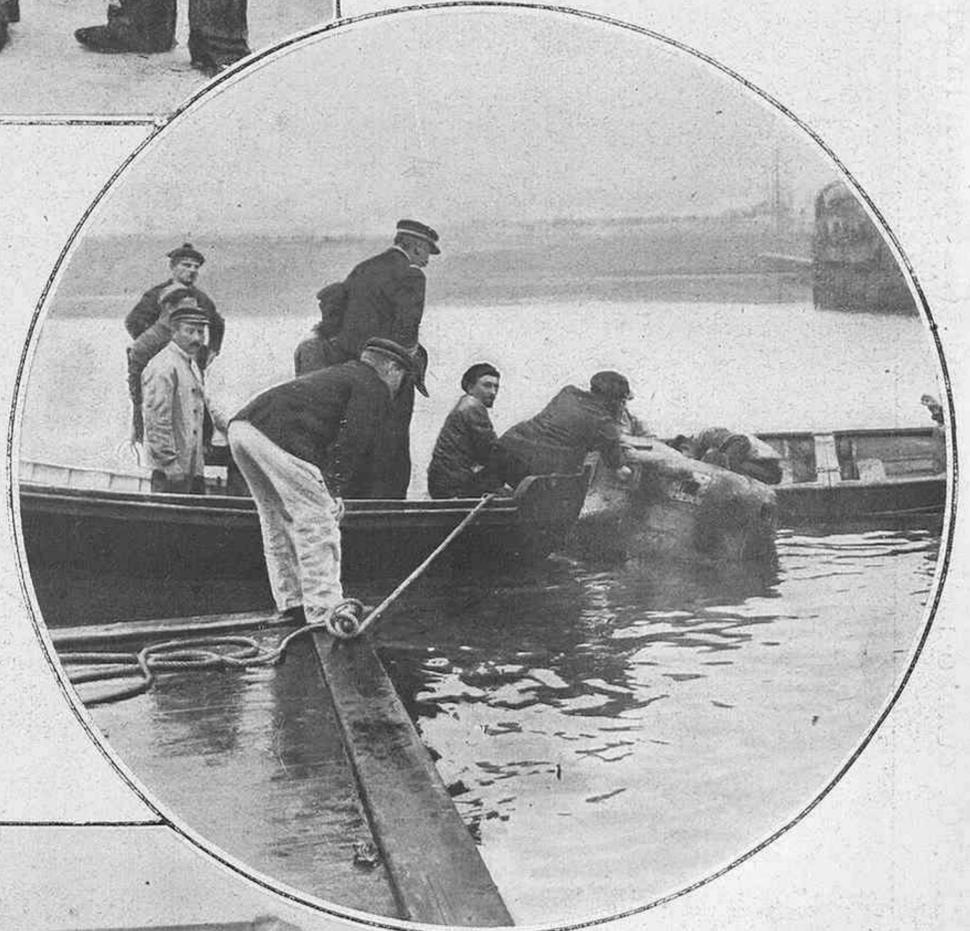


Contramaestres del puerto de Calais que han sido recompensados por el gobierno con medallas y ascensos por los méritos contraídos en los trabajos de salvamento del «Pluiose.» (De fotografía de World's Graphic Press.)

evarlo á la superficie se han roto varias veces, lo que ha retrasado considerablemente la operación, tanto más cuanto que las diversas maniobras que ésta exigía sólo podían efectuarse en las pocas horas que dura la marea alta, por la mañana y por la noche.

El almirante Bellue y el Sr. Cherón, subsecretario de Estado de la Marina, que desde los primeros momentos acudieron al sitio de la catástrofe, dirigen con gran celo los trabajos, admirablemente secundados por marineros, buzos, obreros y prácticos, todos los cuales han dado pruebas de una abnegación superior á todo encomio.

Por fin, tras inauditos esfuerzos, en la madrugada del 11, pudo arrancarse el *Pluiose* del fondo en que yacía y efectuarse su conducción al puerto de Calais; á las tres llegaban á éste los torpederos arrastrando las barcas de las cuales pendía el sumergible, que quedó descansando en el canal enteramente sumergido. Al producirse la bajamar, apareció el casco del *Pluiose*, pudiendo verse desde luego el deplorable estado en que se hallaba, é inmediatamente comenzaron los buzos la obra de tajar las brechas, operación previa indispensable para poder achicar el agua y poner el barco á flote. En aquellos



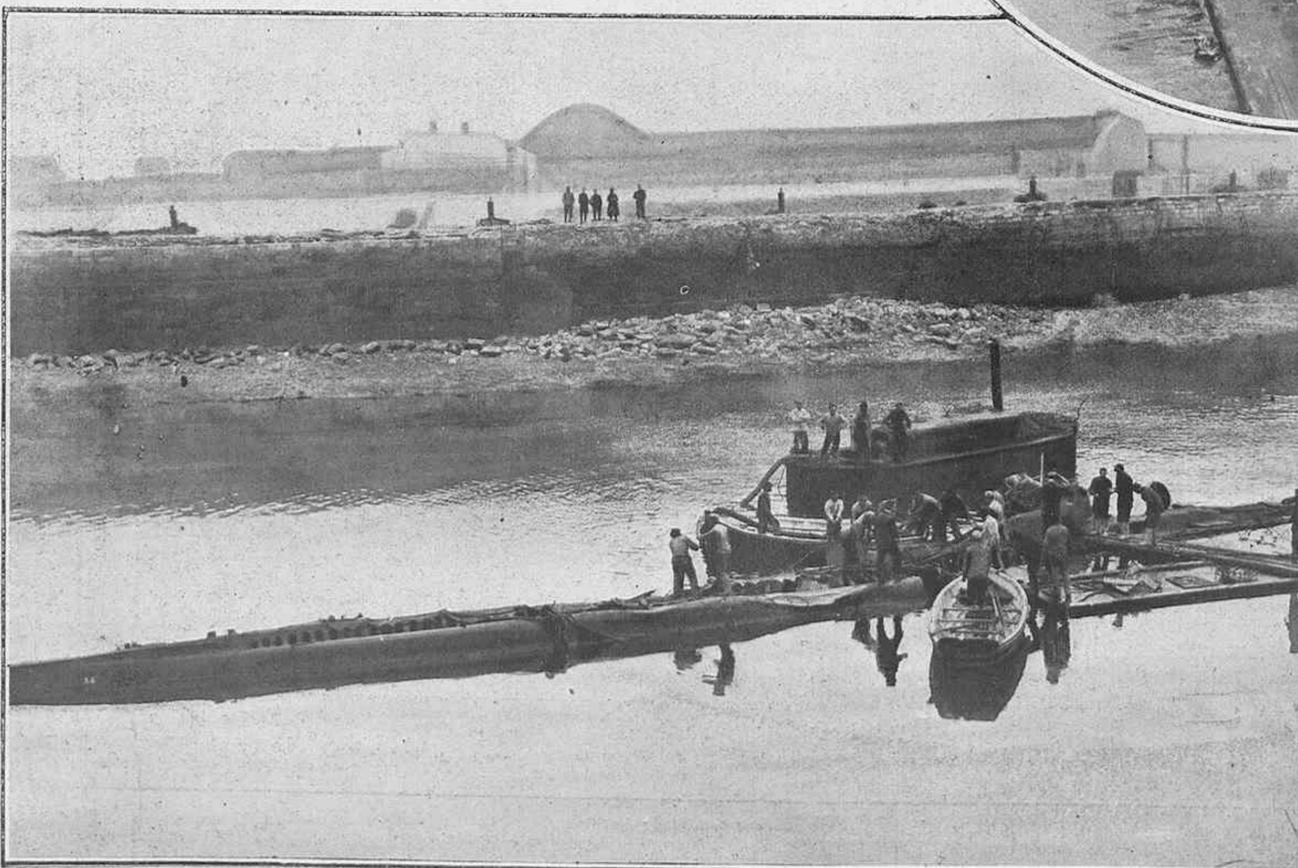
Marinero mirando por el tragaluz del «Pluiose» los cadáveres encerrados en el interior del barco (De fotografía de M. Branger.)

que se han encontrado encima de las víctimas hasta ahora recogidas estaban parados casi en el minuto mismo en que el sumergible, después del choque, hundiéndose en el mar.

El día 13 fueron extraídos dos nuevos cadáveres.

En estas operaciones se han distinguido de una manera especialísima el doctor Savidán y los enfermeros Legac, Fournelón y Le Gall, quienes, desoyendo los consejos de las personas peritas y con verdadero riesgo de sus vidas, han penetrado varias veces en el interior del *Pluiose* para descubrir el sitio en que se hallan los cuerpos de los tripulantes.

Los trabajos para extraer los demás cadáveres han debido suspenderse por ahora, porque para llegar hasta los compartimientos en donde se hallan es preciso entrar en el sumergible por las escotillas de proa y de popa, que todavía están debajo del agua.—R.



El «Pluiose» sacado á flote en el canal del puerto de Calais. (De fotografía de M. Branger.)

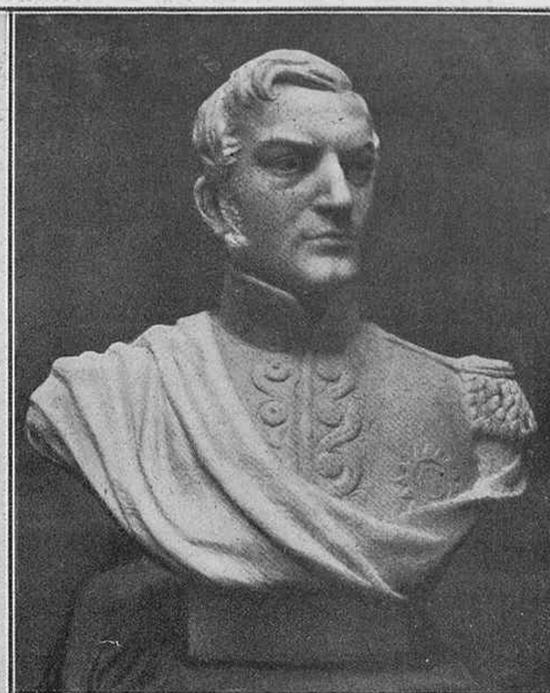
WASHINGTON.—PALACIO DE LA OFICINA INTERNACIONAL DE LAS REPÚBLICAS AMERICANAS
BUSTOS QUE HAN DE FIGURAR EN LA GALERÍA DE CELEBRIDADES



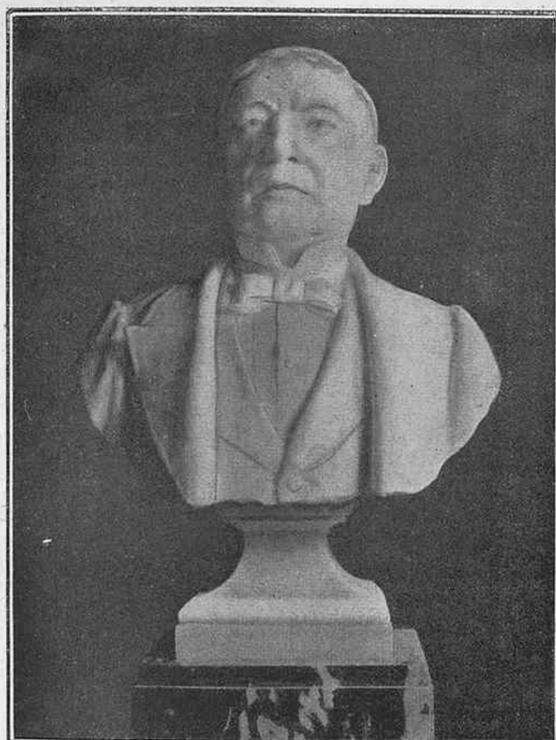
Bolívar, busto en mármol de Rodolfo Evans, regalado por el gobierno de Venezuela



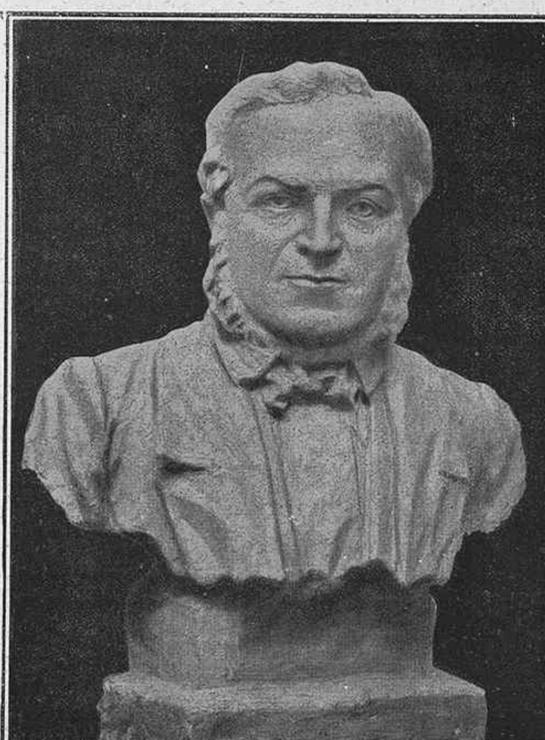
Las antiguas razas mexicanas azteca, zapoteca y maya, obra de Gertrudis Vanderbilt Whitney



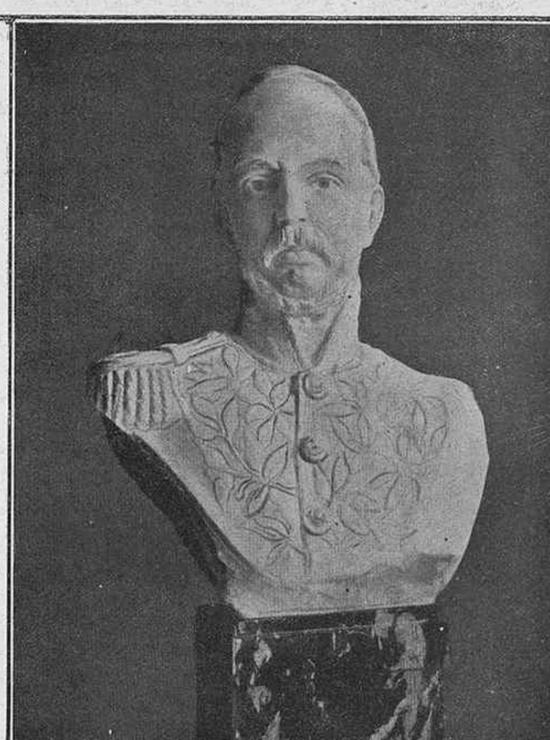
San Martín, busto en mármol de Herberto Adams, regalado por el gobierno de la República Argentina



Juárez, busto en mármol regalado por el gobierno de los Estados Unidos Mexicanos



Mora, busto en mármol de Juan Ramón Molina, regalado por el gobierno de Costa Rica



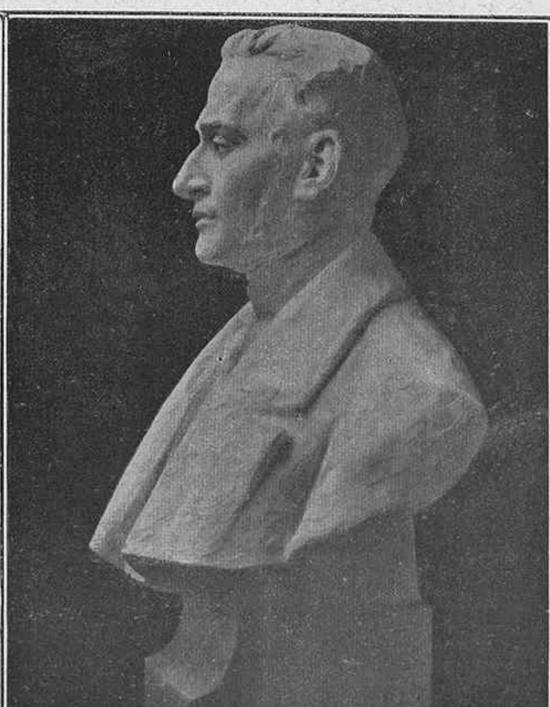
Herrera, busto en mármol de Chester Beach, regalado por el gobierno de Panamá



Andrada y Silva, busto en mármol de Charpentier, regalado por el gobierno del Brasil



Dessalines busto en mármol regalado, por el gobierno de Haití

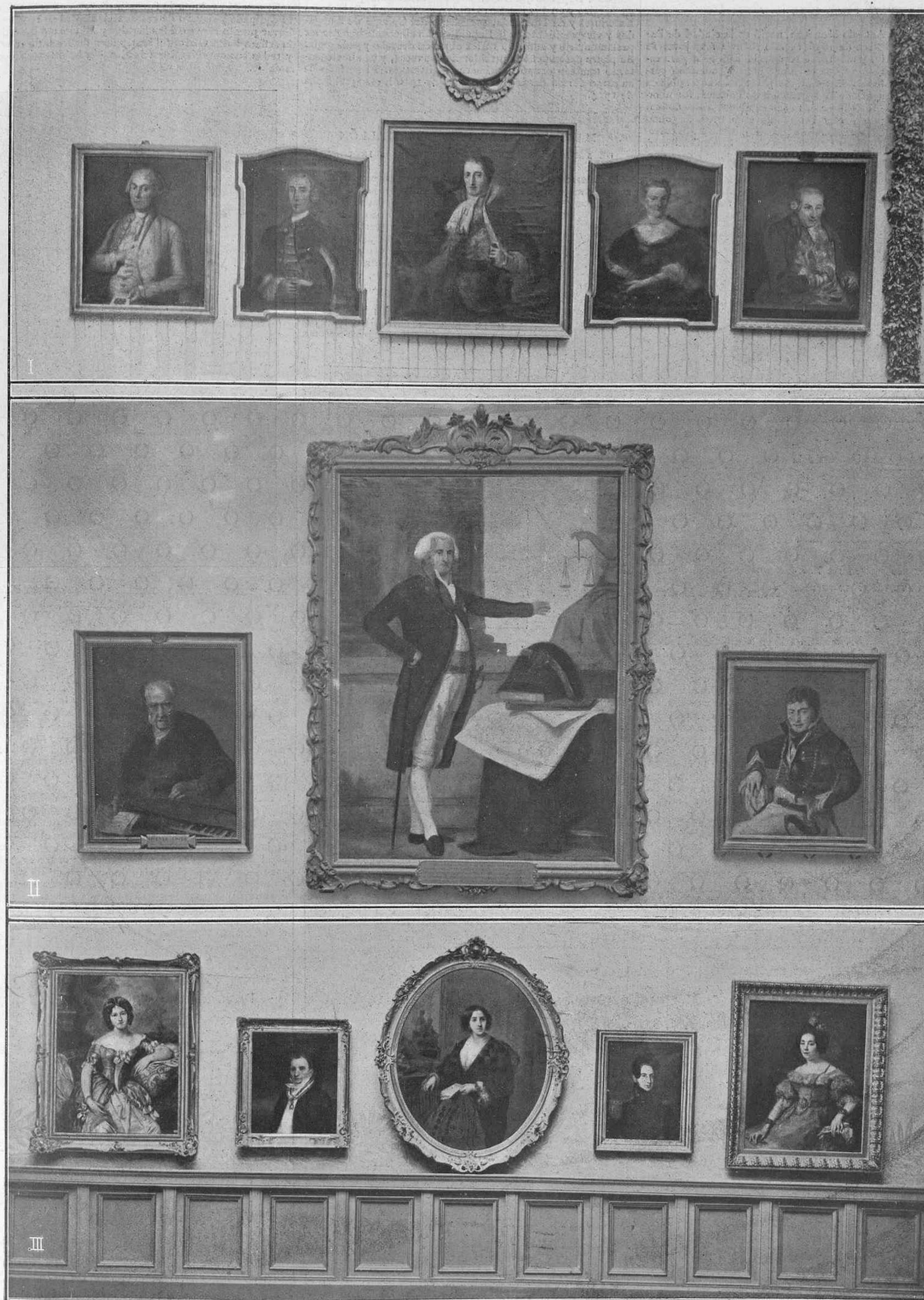


Morazán, busto en mármol de Roberto J. Aitken, regalado por el gobierno de Honduras

(Del «Boletín de la Oficina Internacional de las Repúblicas Americanas.»)



Sala 2.^a Además de los retratos que citamos en el número anterior y algunos de los cuales reproducimos en el primer grabado de esta página, figuran en esta sala, como más dignos de mención, los de Luis XIV, de Rigaud; del archiduque Carlos de Austria, de Vaccaro; de una dama del siglo XVIII, de Pedro Cruells; de San Antonio de Padua, atribuido á Murillo, etc. — Sala 3.^a Dedicada á Goya, es ésta una de las que más interés despiertan: los tres retratos que nuestro segundo grabado reproduce son de Fernando VII, de Cabarrús y de Godoy; hay además en la referida sala 3.^a los de la reina María Luisa, del almirante Mazarredo, de Cantón y Lucientes, un autorretrato de Goya y Burguete, de autor anónimo, y el autorretrato de Bayeu. Hay además en esta sala los de Fernando VII, de Vicente López, del barón de la Linde, de P. P. Montaña y otros.



Sala 5.^a Figuran en esta sala el retrato de José Napoleón Bonaparte, de Flaugier; el de Salvador Xammar, de Vicente López (que reproducimos en nuestro primer grabado); el del filósofo Erasmo, de Holbein; dos retratos de caballeros, de Goya; y varios de autores anónimos. — Sala 4.^a Los tres retratos que se ven en el segundo grabado de esta página son del padre de Vicente López, pintado por éste; de D. José Fernández de Abascal, de Domenico Pellegrini, y del brigadier D. Tomás Veri, también de Vicente López. Sala 3.^a En el tercer grabado de esta página se ven los retratos de una dama desconocida, de Lepouls; de un desconocido, atribuido á Goya; de D.^a Teodora Lamadrid, de F. V. Romero; de D. Ramón Musitu, de José Gutiérrez; de la marquesa de Casa Riera, de Vicente López. En esta sala hay además los retratos de Pestelozzi, de Pannozzi; de miss Howard, de Gooderson; de la reina D.^a Isabel II, niña, atribuido á Vicente López; de la duquesa de Castro Carranza, atribuido á Goya, etc.

EL DR. D. CARLOS ANTONIO MENDOZA
NUEVO PRESIDENTE DE PANAMÁ

El Dr. Carlos Antonio Mendoza, nació en la ciudad de Panamá el 31 de octubre de 1856. Siendo todavía muy joven se dedicó al comercio, y más tarde se marchó á Bogotá para estudiar. Al doctorarse entró en el mundo político, tomando parte activa en él y desempeñando altos puestos en la República de Colombia. Después de la separación de Panamá, fué nombrado ministro de Justicia de la recién establecida República. En 1904 fué elegido Tercer Designado y en 1906, Segundo Designado. El presidente Obaldía le confió, además, la cartera de Hacienda, puesto que desempeñó con brillantez. Como Segundo Designado, subió al



Dr. Carlos Antonio Mendoza, nuevo presidente de la República de Panamá.

poder para substituir al presidente Obaldía, quien falleció en 1.º de marzo último.

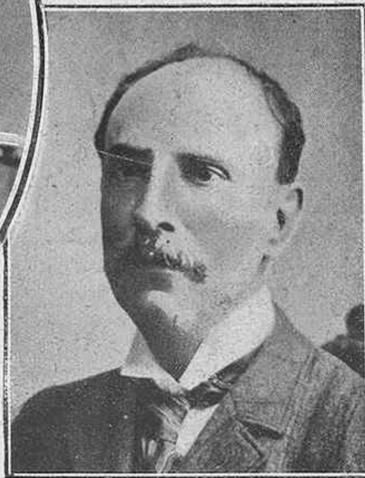
EL MARISCAL HERMES DA FONSECA, NUEVO PRESIDENTE DEL BRASIL.

El mariscal Hermes da Fonseca, nuevo presidente del Brasil, nació en San Gabriel, Estado de Río Grande do Sul, el 12 de mayo de 1855. Es sobrino del mariscal Deodoro da Fonseca, quien, después de haber proclamado la República, fué elegido primer presidente del Brasil. Como su ilustre antecesor, escogió la carrera de las armas, alcanzando el grado de teniente á los veinte años. En noviembre de 1904, estando al frente de la Escuela Militar de Realengo, impidió que los alumnos se unieran á la revolución contra el presidente Rodrigues Alves. Cuando el presidente Penna subió al poder en 1906 fué nombrado secretario de la Guerra y durante el desempeño de este cargo llevó á cabo la reorganización del Ejército brasileño, con tal éxito que atrajo la atención del emperador Guillermo, quien le invitó para que como huésped suyo presenciara las maniobras del ejército alemán.

El mariscal Hermes de Fonseca, nuevo presidente de la República del Brasil



Dr. Ricardo Jiménez, nuevo presidente de la República de Costa Rica



á ella su cooperación y al efecto han organizado ya un batallón de ambulancia femenina voluntaria que ha de prestar excelentes servicios lo mismo en tiempo de guerra, en el campo de batalla, que en tiempo de paz, en los hospitales. Hace pocos días, este batallón ha practicado sus primeras maniobras en Tetteridge (Hertfordshire) y el resultado de las mismas ha sido por todo extremo satisfactorio: las sanitarias han demostrado que en este cuerpo especial están á igual altura, por lo menos, que sus camaradas masculinos. Se las ha visto montar con singular destreza á caballo para ir en busca de los heridos; montar tiendas de ambulancia, improvisar col-

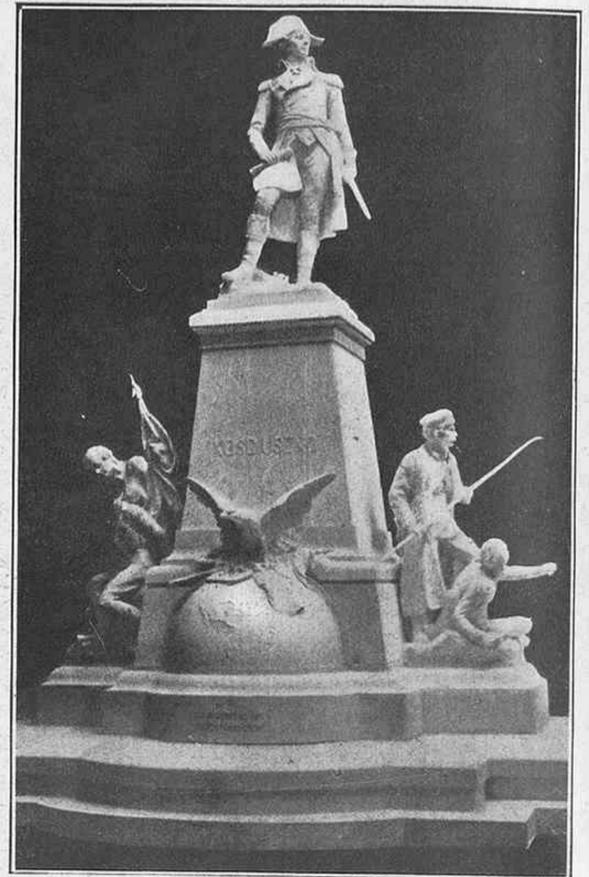
versos puestos de gran importancia, como los de presidente del Tribunal Supremo y del Congreso, ministro plenipotenciario en México y en los Estados Unidos, secretario de Relaciones Exteriores y de Hacienda, presidente del Colegio de Abogados y vicepresidente de la República. Es elocuentísimo orador parlamentario y autor de varias obras de derecho y pedagogía. Su padre desempeñó la presidencia dos veces, y su abuelo materno también ocupó la primera magistratura. El período de su cargo durará desde el 8 de mayo de 1910 hasta igual fecha de 1914.

MANIOBRAS DEL PRIMER BATALLÓN DE SANIDAD DE MUJERES VOLUNTARIAS INGLEAS

Inglaterra está haciendo en estos momentos grandes esfuerzos para mejorar la situación del ejército metropolitano, y las iniciativas del ministro de la Guerra Haldave, particularmente la formación del ejército territorial, especie de reserva voluntaria cuyo efectivo alcanza la cifra de 300.000 hombres, pueden considerarse como un gran paso para la implantación del servicio militar obligatorio, en pro del cual se hace una activa campaña en aquel país. Pero no son sólo los hombres los que quieren concurrir á la defensa del imperio; también las mujeres aportan

do con el mayor orden y con la mayor presteza á los distintos sitios en donde sus servicios eran necesarios.

El batallón voluntario femenino de sanidad está debidamente equipado y dotado de cuantos elementos se requieren para llevar pronto socorro á los heridos y funciona á las órdenes de la señora Saint Glair Stobbart, quien dedica toda su actividad y todas sus energías á esa institución bajo tantos conceptos notable.



Monumento á Kosciuszko, recientemente inaugurado en el parque Lafayette de Washington, obra de Antonio Popiel.

UN MONUMENTO Á KOSCIUSZKO EN WASHINGTON

Recientemente se ha inaugurado en Washington el monumento á Kosciuszko, el famoso adalid de la independencia de Polonia, que á los Estados Unidos han ofrecido la Sociedad Polaco-Americana y los polacos allí residentes. La estatua principal, obra del escultor de Chicago Antonio Popiel, y las figuras complementarias son de bronce y descansan sobre un pedestal de granito que ha costado el Congreso norteamericano. El monumento está situado en el ángulo Nordeste del Parque Lafayette, frente al Hotel Arlington.

Tadeo Kosciuszko estuvo en la América del Norte, adonde llegó en 1776, prestando á aquel pueblo grandes servicios durante la guerra de la independencia, en la que combatió á las órdenes de Washington. El concibió y trazó el plan de fortificaciones en las alturas de Bemis cerca de Saratoga, que el general Burgoyne hizo grandes esfuerzos por tomar, y también concibió y llevó á cabo el plan de las obras de West Point siendo ascendido á brigadier general y nombrado Ingeniero Jefe del ejército. En 1786 regresó á Polonia, por cuya independencia, como es sabido, luchó heroicamente hasta 1794, en que fué hecho prisionero por los rusos. Trece años después, falleció en Suiza.



Maniobras efectuadas en el Hertfordshire por el primer batallón de sanidad de mujeres voluntarias inglesas.—Transporte de un herido en un coche de ambulancia improvisado. (De fotografía de Carlos Trampus.)

EL DR. RICARDO JIMÉNEZ
NUEVO PRESIDENTE DE COSTA RICA

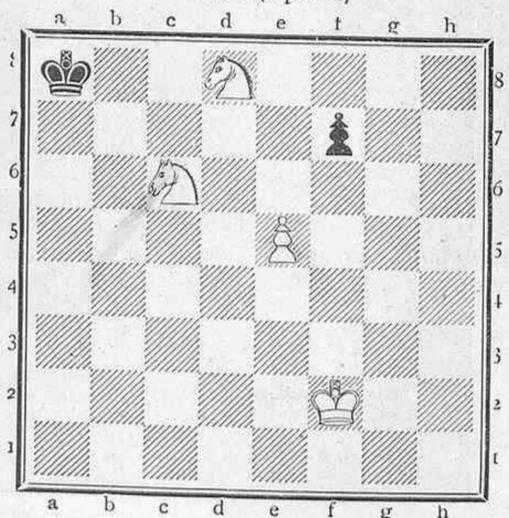
El Dr. Ricardo Jiménez es uno de los más afamados juristas de Costa Rica, y ha desempeñado con brillantez di-

chones de paja, transformar en carro de ambulancia una carreta ordinaria, preparar caldos y otros alimentos y practicar las primeras curas con rapidez y perfección dignas de los más hábiles cirujanos. Además este batallón, perfectamente disciplinado, ha dado muestras de una admirable movilidad, acudien-

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 544, POR V. MARÍN

NEGRAS (2 piezas)



BLANCAS (4 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en cinco jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 543, POR V. MARÍN

- Blancas. 1. D f4-f6
- Negras. 1. Cualquiera.
- 2. C ó D mate.

MINNIE (I), NOVELA ORIGINAL DE ANDRÉS LICHTENBERGER

ILUSTRACIONES DE SIMONT (CONTINUACIÓN)

Ante esta doble aparición, la madrina junta las manos dando un gemido: «¡Dios mío! ¿Qué ha pasado?»

que ocurrió el incidente... La señorita Noemia conocía las intenciones de la madrina. Hubiera obrado con prudencia evitando aquella proximidad...

pedazos por la madrina! Lucha heroicamente á fin de no prorrumpir en sollozos, y lo consigue. La madrina dice en conclusión:



Lulú Peborde, con el corazón palpitante, va á depositar su perrito sobre las rodillas de Minnie. (Véase la página 389.)

Con los labios agitados por un temblor convulsivo, la señorita Noemia trata de balbucear algunas sílabas ininteligibles. Pero Minnie le corta la palabra y se explica con volubilidad. No vaya á creer la madrina que ella la ha desobedecido. No se ha relacionado con los chicos Peborde. Pero cuando aquel granuja se arrojó sobre Max, ella no pudo soportarlo, no pudo... No, hubiera sido una cobardía demasiado grande... La madrina no entiende una palabra y propone á Minnie que empiece por lavarse la cara y hacerse curar... Pero Minnie no es alfeñicada. Eso no es nada, un torniscón. Pero es preciso que la madrina comprenda bien cómo pasó la cosa... Mediante un suplemento de explicaciones, la madrina llega poco á poco á reconstituir el drama. En suma, Minnie intervino para defender á la debilidad oprimida. Ha seguido las bellas tradiciones francesas que la madrina venera. Ante el enemigo, todas las discusiones interiores deben borrarse. Minnie no es culpable, Minnie ha obrado bien. Esta aprobación ensancha el corazón de Minnie, que abrigaba quizá en el fondo algún escrúpulo... Se echa al cuello de la madrina y la abraza tan fuertemente, que le arranca un gemido. Y se va corriendo, no sin detenerse un instante en el umbral de la puerta para volverse y gritar á la anciana: «¡Ya le contaré á usted cómo Max se ha portado como un valiente!» Y se va á contar el lance á Melania y á que le laven la cara.

Mientras tanto, la madrina, repuesta de su primera emoción, se vuelve hacia la señorita Noemia y le manifiesta su asombro por aquella fatal coincidencia que hizo que Minnie estuviese jugando precisamente cerca de los pequeños Peborde en el momento en

La señorita Noemia, que aún no ha vuelto completamente de su trastorno, siente que las piernas le flaquean. Desde el día en que, siete años atrás, fué derribada por un fiacre en la avenida de los Campos Elíseos, no ha recibido una sacudida igual... Pero reúne su valor y, humildemente, sin reticencias, explica los hechos... Hace muchos días que Minnie y los pequeños Peborde se ven. Sin duda, ella hubiera debido evitar aquellos encuentros. ¡Pero Minnie los deseaba tanto! Y es muy cierto que no jugaba con esos niños: No hacían más que mirarse. Apenas si, de vez en cuando, el nene venía á solicitar una sonrisa. La señorita Noemia no se atrevió á intervenir de una manera decisiva, á provocar una escena de desolación sin una orden de la madrina. Esa orden, ella la pidió. Pero no se la quisieron dar. Nunca hubiera imaginado que pudiese sobrevenir semejante catástrofe. ¡Minnie ha de estar tan poco tiempo! La señorita Noemia esperaba que se marcharía sin haberle tenido que causar tan grande pena. Se equivocó. Hizo mal. Está desesperada.

La madrina calla. Tiene un alto sentimiento de la justicia. Cierta es que la señorita Noemia ha sido débil. Pero ella lo fué antes que la señorita Noemia. Los jefes deben asumir las grandes responsabilidades, y la madrina se substrajo á ellas. Y se substrajo á sabiendas. La señorita Noemia merece las circunstancias atenuantes. En consideración de estas reflexiones que la madrina rápidamente se hace, con voz amable, llena de inusitada dulzura, dice:

—Cálmese usted, señorita, reconozco que la situación era delicada. Si acaso su ternura por Minnie la inclinó á usted á un exceso de indulgencia, sería injusto que yo se lo reprochase.

El corazón de la señorita Noemia se derrite. Hace un gesto abominable. Su labio inferior se adelanta y tiembla. Diríase que su pequeña nariz va á precipitarse en él. ¡Ah, de qué buena gana se dejaría hacer

—Cuento con la prudencia de usted para que las cosas no pasen de aquí.

Y hace un pequeño gesto para indicar que la entrevista ha terminado. Pero la señorita Noemia hace nuevamente acopio de valor é insiste. Mañana Minnie querrá volver al jardín de los Inválidos. Encontrará allí á esos niños. Después de los trágicos acontecimientos de hoy, ¿cómo evitar que se hablen?... ¿Qué deberá hacer la señorita Noemia? ¿Alegar una consigna formal ú oponer su veto? Así lo hará si la madrina lo exige. Pero... ¡pobre Minnie!..

Un pequeño descontento arruga de nuevo la frente de la madrina. La señorita Noemia debería comprender... Pero no. Tiene razón. Necesita órdenes. ¿Qué órdenes? La idea de que la hija de Mauricio, puesta bajo su cuidado, se relacionara con los hijos de «esa gente» se le hace intolerable á la madrina. Es imposible que dé para ello su consentimiento formal. Por otra parte, hacer llorar á Minnie, reemplazar un régimen de semitolerancia por un régimen de proscripción absoluta, parecer castigarla por haber obrado bien es muy duro. En suma, la madrina no ha de tenerla ya á su lado más que unas cuantas semanas, quizá unos cuantos días solamente. Ecs niños son aún muy jóvenes. Quizá no están todavía completamente corrompidos. La fisonomía del mayor es casi simpática... La madrina se recoge y pronuncia su fallo:

—Señorita Noemia, apelo nuevamente á su tacto y á su prudencia para que esas relaciones que me disgustan sean reducidas al estricto minimum. Circunstancias en que tengo quizá mi parte de responsabilidad, y en que usted tiene seguramente la suya, hacen que existan. Dado el poco tiempo que Minnie pasa á mi lado, no quiero entristecerla con una prohibición absoluta de cambiar algunas palabras con esos pobres niños. Haga usted lo que mejor convenga; en usted confío. Pero tenga usted la bondad de

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Société des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

evitarme en lo sucesivo toda alusión á un estado de cosas que me es doloroso y que deseo apartar de mi pensamiento.

¡Hum! Esto no es aún muy claro. Pero el tono de la madrina es seco. No hay medio de saber más. La señorita Noemia inclina la cabeza y va á examinar el ojo y la nariz de Minnie.

Los días pasan. La señorita Noemia sufre las torturas de conciencia más crueles, luchando entre el temor de apenar á Minnie y el de mostrarse demasiado indulgente. Ciertamente es que toda promiscuidad con esas criaturas es deplorable. Pero el instinto que impulsa á Minnie hacia ellos no tiene nada que no sea laudable. ¿Quién sabe si no ejercerá sobre ellos una saludable influencia? Y luego las instrucciones de la madrina son muy elásticas. En su fuero interno, un secreto instinto se lo dice á la señorita Noemia, la buena señora se inclinaba á la tolerancia más de lo que manifestaron sus labios... Y Minnie es sucesivamente tan terminante en las expresiones de su voluntad, y tan mimosa y tan zalamera en sus súplicas... La señorita Noemia va de concesión en concesión.

Al día siguiente de la batalla, al encontrarse en el jardín, el nene Lulú corrió sin vacilación á echarse en brazos de Minnie. Y, poniéndose sucesivamente colorado y pálido, reuniendo mucho más valor del que necesitó ayer para defender á su hermano, Max se ha acercado á la niña del primero, le ha dado las gracias por su intervención y le ha preguntado si le dolía mucho la nariz. Minnie ha contestado con volubilidad. Su nariz ya está arreglada. ¿Y el perrito color de rosa, no salió estropeado de la reyerta? No, no; Lulú ha ido en busca del precioso cuadrúpedo. Se ha examinado el estado de sus miembros, recordando las fases del combate. Sofía se ha mezclado en la conversación.

Durante una hora, la señorita Noemia ha sufrido cruelmente. Pero, ¿cómo oponerse á efusiones que parten de lo que hay de mejor en el alma humana? Todo lo que ella ha podido obtener (y esto á costa de una mentira) ha sido llevarse á Minnie cinco minutos antes de lo ordinario, so pretexto de un encargo olvidado. Al partir, Minnie ha gritado: «¡Hasta mañana!»

Toda la noche la señorita Noemia ha esperado que lloviese. Pero, por la mañana, un sol implacable viene á burlarse de ella. Entonces, en un tono insinuante, propone ir á dar un paseo por los Campos Elíseos. Pero Minnie replica con decisión: «¡Vaya una ocurrencia, mis amiguitos me esperan!» ¡Mis amiguitos! Y Minnie marcha tan aprisa, que la señorita Noemia llega toda sofocada. Los niños se saludan como viejos amigos. Lulú blande el perrito de cartón. Max ha traído guías. Y la cara agria de Sofía se alegra á causa de un par de pendientes que Minnie le dió el día antes para su muñeca. Al verse de lejos, echan á correr y la señorita Noemia se encuentra única guardiana de la banda, porque la niñera de los jóvenes Peborde ha tenido que ausentarse para ver á otro primo que tiene en la infantería... A la vuelta, la señorita Noemia trata de despertar escrúpulos en el alma de Minnie. ¿Cree que la madrina estaría contenta de ver que intima de ese modo con los hijos de «esa gente»? Pero, con la conciencia tranquila, Minnie no se deja vencer. No fué ella la que buscó la compañía de los pequeños Peborde. Fué casual. Por lo demás, la madrina dió la razón á Minnie, y si ella supiese lo agradables que son los pequeños Peborde, les querría mucho.

Lo cierto es que la madrina, á pesar de sus órdenes á la señorita Noemia, no puede ignorar el estado de cosas que ha deseado apartar de su pensamiento. Minnie es enemiga, en sus conversaciones, del disimulo y de los subterfugios. Por mucho que la madrina evite interrogarla sobre esta materia, y á pesar de todas sus tentativas para hacer desviar la conversación sobre otros asuntos, queda bien enterada todos los días de la salud de los jóvenes Peborde, de sus gustos y aficiones, de sus caracteres y de sus costumbres familiares. Sofía es mucho menos desagradable que los primeros días. Pero va vestida de un modo tan raro, que parece un verdadero perro sabio. Sigue una descripción humorística de su traje. En cuanto á Max, sería una perfección si tuviese el genio un poco más alegre y trabajase un poco menos. Pero, el otro día, le saltaban las lágrimas porque sólo había sido el cuarto en la clase, y todavía era una injusticia. La madrina acoge fríamente estas comunicaciones. Visiblemente preferiría hablar de otra cosa. Pero es ella la que recomendó á Minnie que nada le ocultase y que hablase siempre con el corazón abierto. Por consiguiente, no tiene más remedio que manifestar su asombro por los trajes de Sofía y preguntar: «¿Tan aplicado es ese niño, que tanta pena le da el no ser más que el cuarto en la clase?» —¿Si es apli-

cado? Casi siempre tiene el número uno. Y es el más joven de su clase. El otro día, Minnie había olvidado algo de la historia de Juana de Arco y él se la pudo decir enterita, exactamente como en el libro.

¡Exactamente como en el libro! ¿Entonces el alma de ese muchacho no ha sido aún completamente deformada por el detestable medio en que vive? El rostro de la madrina se serena. La buena señora reconoce que Max le pareció serio y cortés. Minnie se regocija. A los postres, abraza estrechamente á la madrina. Sus ojos brillan. La anciana se siente indecisa. En tono indiferente, interroga á la señorita Noemia, la cual, desde el principio de la comida, está sobre ascuas. ¿En suma, esos pobres chicos parecen menos mal educados de lo que era de temer? La señorita Noemia contesta precipitadamente dando firmeza á su voz. Ciertamente se ve que no han recibido una educación cristiana y refinada. La niña, en particular, no le gusta mucho. Pero hay muchachas, educadas en el convento, que no valen más que ella. El mayor de los chicos, en cambio, es verdaderamente, justo es decirlo..., muy agradable. Y el menor es un nene delicioso.

La madrina hace con la barba un gesto indeciso. Le dan irresistibles tentaciones de deponer las armas, de decir á la señorita Noemia y á Minnie: «¡Pues bien, sea! Consiento en todo. Que Minnie se divierta cuanto quiera con esos niños. Absuelvo de antemano, perdono y apruebo todo, con tal de que Minnie esté contenta y no me oculte ninguno de sus pensamientos.» La señorita Noemia tiene una oscura intención de esa lucha y espera ansiosamente la palabra que descargará su conciencia. Para guardar una actitud de circunstancia y tener el tiempo de reflexionar, la madrina coge maquinalmente de encima del velador el periódico *La Croix*, y recorre distraídamente la primera página. De pronto, sus ojos parecen agrandarse. ¡Ay!..

Ayer, en la Cámara, el diputado Peborde subió á la tribuna para pedir la expulsión de las hermanitas de los pobres... ¡Qué casualidad! ¡La madrina, que lee muy poco los periódicos, ha tropezado justamente con ese pasaje! Es que se lo ha señalado el dedo de Dios. Marca con la uña el suelto revelador, pasa el diario á la señorita Noemia y dice secamente: «Usted comprenderá que, ahora más que nunca, tengo empeño en que Minnie no intime más con los hijos de ese hombre.» La señorita Noemia lee, baja la cabeza y vuelve á caer en sus perplejidades...

Pero he aquí que alentada por un eclesiástico vigilante que ha consultado, se decide á apelar á su energía. Le ha demostrado los inconvenientes de su debilidad, los peligros á que expone el alma de Minnie. ¿Si su culpable tolerancia indujese su pupila al mal camino? La otra mañana, Sofía gritó: «¡Hú, hú!» al ver á un cura y no deja de reírse burlescamente cuando pasa alguna monja. Tales ejemplos son perniciosos. La señorita Noemia se impone un esfuerzo heroico, y cuando, la otra mañana, Minnie le dijo: «Vamos de prisa; estoy segura de que los pequeños Peborde han llegado ya,» contestó, no sin ponerse encarnada, pero con mucha firmeza: «No, Minnie, hoy tengo que hacer algunas compras necesarias; tenga usted la bondad de no insistir.» Quizá en su fuero interno, hubiera preferido que Minnie insistiese. Pero Minnie se ha mostrado tan dócil que su aya casi se ha avergonzado.

Al día siguiente, al llegar cerca del jardín de los Inválidos, la señorita Noemia vió de lejos á los pequeños Peborde mudos y sombríos. Con los ojos vagos y las facciones descompuestas, Max estaba sentado en su banco; Sofía, al lado de su hermano mayor, renegaba á media voz, y la cara rolliza de Lulú había perdido su alegría. De pronto, vieron á Minnie. Como iluminados por un sol repentino, la alegría brilló en sus rostros. Lulú se precipitó sobre ella dando gritos de júbilo. Sofía se sonrió. Pero Max hacia un gesto tan extraño que Minnie le preguntó muy sorprendida: «Pero qué tienes?» Se tragó las lágrimas y pudo decir casi tranquilo: «¡Temía tanto que estuviese enferma!» La señorita Noemia, llena de remordimientos, apartó los ojos.

Minutos después, explosiones de alegría llenaban el jardín, regocijando hasta á dos inválidos taciturnos que tomaban el sol. Minnie es el hada gentil que, con un golpe de varilla, ha convertido tres criaturitas anémicas y melancólicas, en tres niños risueños, de rosadas mejillas. Los juegos que ella inventa tienen un sabor sin igual. A su paso, nace la primavera, y la vida pulula. Robustecidos, electrizados, transfigurados por su presencia, los pequeños Peborde bailan en torno de ella, como moscas locas, ebrias de luz. Y la señorita Noemia, con una gran pesadez de alma, tiene ganas de llorar pensando en las amonestaciones de su eclesiástico vigilante.

... Sepáranse despidiéndose hasta mañana.

Sin embargo, dos días después, la señorita Noemia reincide. No hay duda, es preciso poner remedio. Ayer, en vez de jugar, Minnie y Max se pasearon durante media hora, dándose el brazo y hablando á media voz. Con el rostro animado, Minnie explicaba alguna cosa. Max escuchaba, hacía objeciones y aprobó al fin con aire de satisfacción. Al despedirse cambiaron una mirada de inteligencia. En su alma y conciencia, la señorita Noemia se estremeció. De regreso, hizo á Minnie algunas preguntas insidiosas. Minnie se mostró reservada en sus contestaciones, un poco ensimismada... La señorita Noemia, presa de inquietud todo el santo día, tardó en dormirse por la noche. Y tuvo una pesadilla atroz. En presencia de un alcalde chocarrero, enorme, de cara repugnante, cubierto con un gorro frigio y ceñido el vientre con una faja tricolor, Minnie se casaba civilmente con Maximiliano Peborde, y un cortejo de francmasones bailaba tras ellos la Carmañola, agitando cabezas ensangrentadas de frailes y curas en la punta de sus picas.

Al día siguiente, cuando salieron, la señorita Noemia, ya puesta á mentir, dijo á Minnie. «Me he constipado. Preferiría andar un poco á permanecer inmóvil en el jardín.» Esperaba objeciones y estaba dispuesta á una transacción: saludarían de paso á los amiguitos. Pero Minnie no pidió nada. Dijo con un tono de simpatía: «¡Pobre señorita Noemia, vamos á andar de prisa.» Y la señorita Noemia, víctima de su mentira, regresó á casa sudando á mares, con el cabello pegado en las sienes.

A la mañana siguiente, sufría de antemano á la idea de encontrar á Max con los ojos llenos de tristeza. ¡Pues bien!, los niños se saludaron con una exuberancia de alegría. El mismo Max tenía una animación no acostumbrada. Charlaron mucho en voz baja con carcajadas medio ahogadas.

Y, durante la semana que sigue, la señorita Noemia ve con una satisfacción no exenta de sorpresa pero llena de orgullo, que el éxito corona sus esfuerzos. De cada dos días uno al menos, llega á suprimir ó á abreviar el encuentro en el jardín. Minnie no reprimina, ni muestra aflicción alguna. Está alegre como unas pascuas, y hasta muestra para las lecciones, ó para los juegos tranquilos, un celo excepcional. Ahora, casi todos los días, se pasa una ó dos horas en su cuarto removiendo sus trapos y sus juguetes, emborronando pedacitos de papel ó atando paquetitos.

La madrina observa este cambio. Toda la tarde ha llovido. Minnie se ha estado sola, sin quejarse, con sus juguetes y sus papeles. La madrina, impresionada de verla tan juiciosa, le hace una visita á la caída de la tarde. Y, como, momentos después, Minnie se ve obligada á ir á ponerse en manos de Melania que debe probarle unos delantales, la madrina aprovecha su ausencia para interrogar á la señorita Noemia con un tono de sorpresa en que hay un poco de inquietud. ¿Cómo es que Minnie está tan tranquila desde hace una semana? Parece toda transformada. ¿No será que esté enferma?

La señorita Noemia se apresura á tranquilizarla. Nunca ha estado Minnie tan bien de salud. Está alegre y es juiciosa. ¡Y, qué diantre!, la ocasión es buena, y la señorita Noemia, por despojada de vanidad que esté, la aprovecha. La madrina se alegrará aún más de encontrarle aquellas disposiciones cuando sepa que la señorita Noemia ha logrado hacer mucho menos frecuentes los encuentros con los niños de arriba...

La madrina aprueba con aire distraído y con los ojos fijos. La señorita Noemia experimenta una decepción; esperaba una palabra de agradecimiento ó de elogio, y no puede menos de insistir. Hay días, como por ejemplo hoy, en que los niños no se ven, ni tienen comunicación alguna...

—¿Está usted segura de ello?, dice la madrina con un tono tranquilo.

La señorita Noemia la mira con estupor y abre la boca para articular una afirmación enérgica... Pero la madrina levanta la mano. Su índice arrugado señala la ventana abierta... La señorita Noemia sigue la dirección indicada y se queda muda, olvidándose de cerrar la boca. A la altura del antepecho, un perrito de cartón color de rosa se balancea al extremo de un cordelito, y cuelga de otro una carta cerrada... Alternativamente, la señorita Noemia mira al perrito de cartón y á la madrina, á cuyos labios asoma una sonrisita burlesca. ¡Han instalado un correo secreto! He aquí por qué Minnie se refugia tan de buena gana en su cuarto y tiene tanto que escribir. La señorita Noemia junta las manos, lanza un profundo suspiro de descorazonamiento y murmura:

—¿Qué hacer?

Pero la madrina designa el perrito y la carta que saltan con frenesí.

—Empiece usted por desatar todo eso, si no acabarán por tirarse por la ventana.

La señorita Noemia obedece. En seguida desaparecen los cordeles. ¿Qué hay que hacer con los objetos interceptados? La mirada de la señorita Noemia interroga. Con un pequeño gesto de la barba, la madrina le indica que los ponga sobre la mesa de juego de Minnie, y añade, semisonriente, semimelancólica:

—Señorita Minnie, de nada sirve obstinarse contra lo inevitable. Ese pícaro de Beaumarchais, que no era ningún tonto, escribió una comedia titulada *El barbero de Sevilla*: Bartolo, el antipático aguafiestas, acaba siempre siendo burlado por Rosina, porque tiene en su activo la juventud. No hagamos el papel de Bartolo. Pero, añade rápidamente, porque se oyen acercarse los menudos pasos de Minnie, que todo esto quede entre nosotras... Es preferible el pecado de debilidad al escándalo.

La señorita Noemia hace seña de que ha comprendido aquella hermosa máxima que se reduce a esto: la madrina consiente en todo, pero, por un supremo sentimiento de orgullo, quiere solamente salvar las apariencias a causa del amigo Gouf.

Hace quince días, el amigo Gouf encontró a Minnie al llegar. Era al caer de una tarde de lluvia. Minnie estaba un poco triste y le tomó por confidente. Quejóse de la soledad y de que la madrina le prohibiese ver a los pequeños Peborde. El amigo Gouf, recordando que la madrina le autorizó para comunicarle sus luces, trató de insinuarle, en tono de broma, que, después de todo, la frecuentación de aquellos muchachos no tendría quizá las consecuencias fatales que ella temía... Pero los desarrollos oratorios del amigo Gouf no fueron largos. A medida que, cada vez más laboriosamente, las palabras salían de su garganta, la madrina se erguía en actitud glacial, pareciendo rígida, petrificada... Y, de pronto, faltóle la voz al amigo Gouf... Se quedó mudo, inmóvil, con su sonrisa más expresiva en los labios. Hubo una ligera pausa. Y la madrina dijo marcando las sílabas: «En ciertas materias, tenemos diferente modo de pensar; hace tiempo que lo sé.» Y le interrogó luego sobre el curso de la renta.

El amigo Gouf no ha vuelto a la carga, pero observa que la madrina no ha olvidado su temeridad. En vano trata de multiplicar los actos de contrición. La siente desconfiada y dispuesta a contestaciones fulminantes si él da pie... Así es que nunca se encontró más desdichado ni más torpe en el salón de la calle de Varennes. Si no estuviese allí el retrato de Clara Angélica, si no existiese la promesa hecha a Mauricio de darle noticias de su hija, quizá se resolvería a la huida para no volver. A medida que la madrina siente que en torno de ella las consignas aflojan y que ella misma pierde firmeza en sus principios, parece que, para establecer una compensación singular, se muestra más acrimoniosa con el amigo Gouf... Como si pensase hacerse perdonar sus debilidades abrumando bajo el peso de sus severidades al que fué el primer instigador de aquellas. Y, en la última capitulación de su orgullo y de sus principios, un pensamiento sobrevive: que al menos el señor D. Augusto Geoffroy no puede sorprechar nunca hasta qué debilidades ha descendido ella.

Y precisamente en el momento en que Minnie entra en su cuarto dormitorio, suena un campanillazo: y Melania anuncia la visita del amigo Gouf.

Al entrar la madrina, él se levanta del sillón en cuyo borde se había sentado tímidamente, y, desde las primeras palabras, presente que hoy la madrina será más intratable que nunca. No la ha encontrado nunca más implacable contra el siglo, contra el espíritu moderno, contra todas las tendencias de la época en que vivimos. Deseosa de combate, ataca de frente los asuntos más espinosos. Sabiendo que el amigo Gouf es un escéptico discreto, declara preferir el ateísmo intransigente a esa falsa tolerancia bajo la cual se ocultan todas las cobardías. Sabiendo que es republicano moderado, como todos los que carecen de opinión, declara preferir los socialistas y antipatriotas a esos desgraciados sin energía y sin conciencia que, nacidos entre los defensores de la religión, de la libertad y de la propiedad, se hacen, gimiendo, cómplices de todas las persecuciones cuando no procuran sacar partido de ellas. Y el aspecto exterior de sus contemporáneos es tan antipático como su alma. Mirando al amigo Gouf de pies a cabeza, la madrina estigmatiza la necesidad que tienen de afearse ostentando en su traje colores vivos en vez de los matices oscuros que se avienen con la gravedad masculina. El amigo Gouf, que lleva una corbata encarnada y zapatos amarillos, acaba de perder su serenidad. Diga él lo que quiera, sobre cualquier asunto, la madrina se muestra amarga, feroz, contradictoria. Encarna todas las intransigencias del pasado. Bajo las miradas aprobadoras de sus antepasados, lastima, humi-

lla, tortura porque sí, sin fundamento, al vulgar plebeyo, hijo de un Geoffroy. Maltratado, infamado, hostigado, abrumado, el amigo Gouf no sabe dónde meterse. No se atreve siquiera a levantar los ojos hacia el retrato de Clara Angélica. Se siente muy distante de ella. Es imposible que la madrina haya considerado nunca de otro modo que como una mortal ofensa el sentimiento que la muerta le inspiró. De lo contrario, no podría tratarlo con tanta dureza. Todo lo que él dice es vuelto contra él, y, si calla, su silencio es mal interpretado. Desconcertado, consternado, se pregunta qué ha podido pasar, contempla con terror a la vieja como a una especie de castigo, y compadece por lo bajo a Minnie... ¿Cómo había él de adivinar que en el momento mismo en que, azotado por la tempestad, se resuelve a una huida ignominiosa, la niña permanece perpleja ante este enigma insoluble: por qué medios el perrito de color de rosa y la carta de Max han podido penetrar en su habitación y llegar impunemente hasta su mesa de jugar?

Es cosa hecha. La madrina acabó de bajar la pendiente que no se vuelve a subir. La señorita Noemia, sintiéndose tácitamente autorizada, ha renunciado a luchar. Si el eclesiástico vigilante la censura, la madrina cierra los ojos y Minnie nada en la felicidad. Entre ella y los pequeños Peborde han acabado de estrecharse lazos de una amistad que será eterna como toda cosa humana.

A los ojos maravillados del joven Lulú, ella aparece decididamente como una hada prestigiosa con las manos siempre llenas de caricias, de sorpresas y de bombones. Sofía, la envidiosa Sofía, a fuerza de verlos duramente censurados ó despreciados, se traga sus sarcasmos y sus rencores. Y Max ha concentrado en Minnie todo el fervor de su alma recelosa y apasionada.

Cuando Minnie está allí, es el centro en que todo converge. Cuando no está, su nombre suena en todos los labios. Y más de una vez la señora de Peborde, durante el almuerzo familiar, ha manifestado agriamente su inquietud: ¿no es un inconveniente que los niños frecuenten esa pequeña mogigata? Pero Peborde, optimista y benévolo, ha sacudido su barba maculada de tortilla. El vivaracho rostro de Minnie, a quien encontró un día al volver de la comisión de presupuestos, ha quedado luminosamente grabado en su memoria y no le parece ocultar amenazas. Además, tiene fe en el deber de solidaridad y en la fuerza contagiosa de las ideas democráticas y sociales... ¿Quién sabe si el contacto vivificante de los pequeños Peborde no será para esa niña la levadura saludable, de donde saldrá más tarde su regeneración? Y a los postres, Peborde repite su último discurso sobre los maestros: «*Los misioneros de la idea laica*.» Pero la señora de Peborde no le escucha. En el fondo, le halaga que sus hijos tengan por amiga la nieta de la vieja aristócrata, y además sus ojos miran con inquietud al reloj: ¿si allá, en la calle de la Arcada, su Jorgecito se cansase de esperarla?

Ni sus inquietudes maternas, ni las directamente contrarias de la madrina y de la señorita Noemia, ni las esperanzas humanitarias de Peborde, resultan legitimadas por los acontecimientos. Ningún espíritu de proselitismo anima a la progenitura del señor diputado. Y si existiese, su acción sería mediocre en el alma de Minnie, fácilmente rebelde y que tritura a su antojo, sin que la alcancen profundamente, los tesoros de la experiencia. De las cuestiones políticas y sociales, lo que llama sobre todo su atención son las repercusiones que, según las necesidades de las costumbres parlamentarias, tienen en la vida cotidiana. Le parece, por ejemplo, que la hora de las comidas es a menudo lastimosamente retrasada para sus amigos por la prolongación de las sesiones de la Cámara. En diferentes ocasiones, Sofía ha tratado en vano de sacar alguna superioridad de su calidad de hija de un representante del pueblo. Este título no ha despertado en Minnie ninguna consideración. Tal como ella la concibe, según las referencias de sus amigos, la Cámara debe ser una especie de gran salón de juego, donde una porción de viejos van a charlar, a gritar y a darse chascos. Sería divertido por un momento, pero a la larga es un poco ridículo. Un día Minnie dijo a Max: «Supongo que tú no serás diputado. Es vergonzoso para un hombre el no hacer nada.» Sin embargo, ella debe a la experiencia de sus amigos algunos juegos originales, de los más divertidos que ella conoce. Por ejemplo, el de la sesión nocturna. Lulú se sube a una mesa, agita una campanilla con toda su fuerza, mientras los demás vociferan, enseñándole los puños y pateando. Y gana el que más asusta a Lulú. Hay también el juego de la interpelación y el de la caída del ministerio. De las pasiones que hacen reñir a los hombres,

Minnie, parecida sin saberlo a los filósofos más desengañados, sólo saca motivos nuevos de diversión.

Pero de vez en cuando, aunque no con bastante frecuencia, recibe cartas de papá y de mamá. Otras veces es la madrina la que le cuenta lo que escriben. Se encuentran en la ciudad maravillosa en que viven los turcos y en que los caiques surcan las aguas del Cuerno de oro. Respiran el aire embalsamado de Oriente. Y un sol mágico las ilumina sobre ese mar cuyo solo nombre brilla ya: el Bósforo... Aún no han terminado del todo su instalación; sin embargo, se acerca el momento en que Minnie podrá reunirse con ellos.

¡Oh, sí, que Minnie pueda ir pronto! Realmente, adora a la madrina, y a la señorita Noemia, y a los pequeños Peborde, y a París; pero, como es natural, quiere más a sus papás que todo lo demás de este mundo, y prefiere lo desconocido a todo lo que ya conoce.

A veces Max declara en tono de convencimiento que París es la ciudad más hermosa del universo. Minnie no le contradice, pero trata de describirle el esplendor del país mágico que doró su infancia. Y, cuando él meneaba la cabeza con un aire escéptico, ella no se enfada. Pero murmura: «Tú no lo comprendes porque yo no te lo sé explicar.» Para Minnie pequeña, París es demasiado pequeño y demasiado grande. Es demasiado grande, demasiado bullicioso, demasiado lleno de gente, de casas y de humo, de automóviles, de carruajes y demás. Pero es demasiado pequeño, porque el vasto París no es nada comparado con lo infinito de las aspiraciones que llenan el alma de Minnie.

Se parece a aquellos bárbaros que, no conociendo nada más que sus estepas, marchaban a la conquista de Roma en espera de otras conquistas. Necesita batalla, ruido, aventura. Los juegos que prefiere son los más violentos. Se exalta con ellos. Brilla un demonio en sus ojos fulgurantes. Y Max, descendiente gastado de las Galias romanas, vástago envejecido de poblaciones demasiado tiempo civilizadas, la contempla a veces con un asombro en que hay un poquito de celos. El alma de Minnie se le escapa y le desconcierta. La niña se le aparece como una semisalvaje que le es, sin embargo, superior, sobre la cual no ejerce poder alguno. La ternura celosa que la envuelve sufre de no poderla confiscar. Él se ha entregado por completo, pero ella, ¿qué le da como limosna, sino una amistad condescendiente? El otro día él le dijo: «¿Te alegrarás de partir?» Y ella contestó: «¡Oh, sí!» con tal entusiasmo, con tal fervor, que él se quedó mudo.

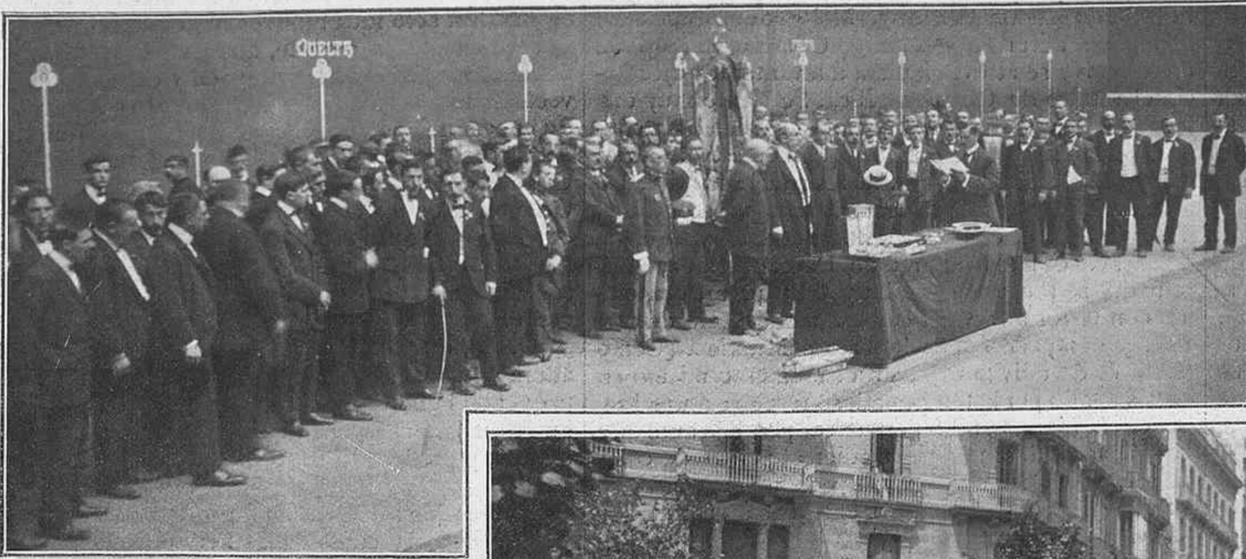
V

Minnie está sentada en su cuarto delante de su mesa. Se trata de escribir a su papá. Es una tarea laboriosa. Minnie, que es muy habladora no tiene facilidad de escribir. La maldita pluma se engancha, escupe, hace manchas... Y luego siempre anda rezagada de lo que se quiere decir... En el fondo, Minnie preferiría no escribir. Porque, en fin, papá es muy capaz de adivinar lo que su hijita puede referirle, y sabe muy bien que no se le olvida. En suma, Minnie pierde el tiempo. Pero una tradición respetable (¿por qué?), quiere que una niña escriba a su papá. Con la lengua asomada entre los dientes, Minnie alinea laboriosamente con una letra atroz y una ortografía deplorable frases incorrectas que en nada responden al chisporroteo de su vida interior.

En el cuarto vecino cuya puerta se halla abierta, la madrina y la señorita Noemia hablan a media voz. Es decir que, entre largas pausas, cambian algunas palabras bien pensadas; porque es inepto imaginarse que, porque dos personas se hallan reunidas, es necesario que enfilen palabras sin cesar. Aunque no se hablen, saben ellas que sus pensamientos son idénticos. Estos se concentran enteramente en la carta de la mamá de Minnie, recibida aquella mañana.

¡Pobre mamáta de Minnie! Al pensar en ella, la madrina mueve la cabeza con descontenta piedad. En sus tiempos, las mujeres jóvenes no iban a correr el mundo como hoy. Pero se asustaban menos de las pruebas necesarias de la vida. ¡Y a la mamá de Minnie se la adivina tan desconcertada, tan desamparada, entre las líneas descendientes de su letra menuda é indecisa! Todo la sorprende, todo la inquieta, toda la fatiga en la ciudad desconocida. Es a ciudad extraña en que resuenan todas las lenguas de Europa le da el vértigo. El mundo musulmán, hostil y poco comunicativo, le da miedo. Papá, agobiado de trabajo, ocupado en sus negocios, se halla ausente de casa todo el día. Y no es esto todo. Sin duda no permanecerán en Constantinopla más que unos cuantos meses, un año quizá, y luego se internarán en el Asia Menor.

(Se continuará.)



Sport vasco.—Distribución de premios á los vencedores de los campeonatos

El «Orfeón Donostiarra» se ha conquistado, durante su corta estancia en esta ciudad, la admiración de cuantos lo han oído. Sus conciertos han sido otros tantos triunfos tan grandes como merecidos, pues el orfeón, aparte del número de los que lo componen, que es de 150, se hace admirar por la potencia y la frescura de sus voces, por la buena escuela de sus solistas, por la perfección de sus conjuntos, por la maestría con que interpreta las composiciones de los más diversos géneros y de las mayores dificultades.

Queriendo rendir un homenaje á nuestro Clavé, el orfeón acudió el domingo, día 12 de los corrientes, á depositar una corona al pie del monumento del gran músico-poeta; acompañábanle varias sociedades corales de Barcelona, que entonaron *Las flores de maig*. El orfeón cantó el *Guernikako Arbola*. Para todos hubo entusiastas aplausos de la numerosa concurrencia que con tal motivo se reunió en aquel lugar.

En honor del «Orfeón Donostiarra» la distinguida sociedad «Sport Vasco» organizó aquel mismo día una fiesta que se celebró en el Frontón Condal y terminada la cual procedióse al reparto de premios á los socios vencedores del campeonato que se había jugado en días anteriores. Después de jugarse un partido de pelota á 40 tantos, hizo su entrada en la cancha el orfeón, siendo acogido con una ovación estruendosa y saludado por el presidente de la sociedad Sr. Barrié con efusivas frases, á las que contestaron, expresando su agradecimiento, el presidente y el director del orfeón, Sres. Peña y Goñi y Esnaola.

Repartieronse luego los premios en la forma siguiente: *Campeonato individual*: primer premio, medalla de oro, Sr. Llompart; segundo premio, medalla de plata, Sr. Barguñó; tercer premio, medalla de bronce, Sr. López. *Campeonato por parejas*: primer premio, medalla de oro, Sres. Gamboa y Salom; segundo premio, medalla de plata, Sres. Llopert y Barguñó; tercer premio, medalla de bronce, Sres. Planas y Rovirosa.

Terminó la simpática fiesta imponiéndose una artística corbata con los colores nacionales y catalanes y una medalla de oro al estandarte del «Orfeón Donostiarra» y cantando éste una composición vasca y el popular *Guernikako Arbola*, que fueron aplaudidos con grandísimo entusiasmo.

Organizadas por el Real Club de Cazadores de Barcelona,



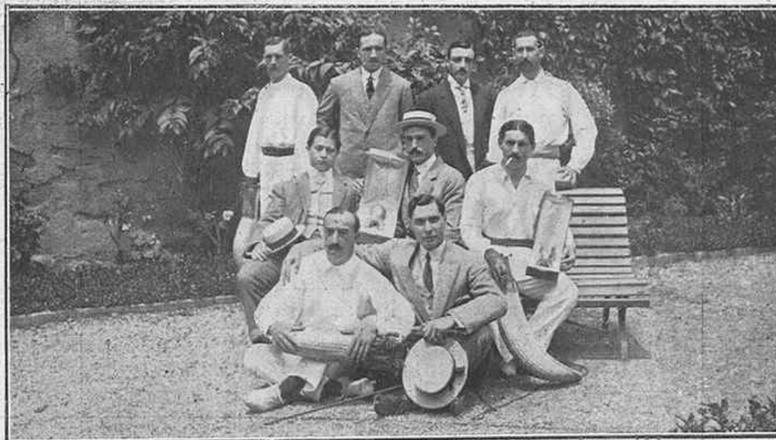
El Orfeón Donostiarra depositando una corona en el monumento de Clavé

se están efectuando actualmente, en el tiro de pichón de Miramar, las tiradas extraordinarias de este año, á las que, como á las de los años anteriores, han concurrido los más notables

siguientes: *Copa de S. M. el rey* (29 tiradores): primer premio, Sr. Laporta; segundo, duque de Tarancón. — *Premio de Su Alteza Real la infanta doña Isabel* (24 tiradores): primer premio, Sr. Bermejillo; segundo, Sr. Gorina. — *Premio de S. A. R. el infante D. Carlos* (24 tiradores): primer premio, duque de Tarancón; segundo, Sr. Munné. — *Premio del excelentísimo señor marqués de Marianao* (28 tiradores): primer premio, Sr. Masana; segundo, Sr. Carles. — *Campeonato de Barcelona* (34 tiradores): medalla de oro y 10.618 pesetas, Sr. Gal; segundo y tercero, marqueses de Villaviciosa y de la Scala. — *Copa de la Sociedad de Tiro de Pichones de Sevilla* (31 tiradores): primer premio, Sr. Casanovas; segundo, Sr. Clavé. — *Copa Gal* (30 tiradores): Sr. Burés. — *Copa del Círculo del Liceo* (31 tiradores); primer premio, Sr. Masana; segundo, Sr. Casanovas. — *Copa del Círculo Lírico* (31 tiradores): primer premio, Sr. Tejero; segundo, Sr. Ochoa. — *Copa del Círculo Ecuestre* (28 tiradores): primer premio, Sr. Feliu; segundo, Sr. Jordana. — *Copa d'l Sr. Constansó* (30 tiradores): Sr. Munné. — *Copa de «El Siglo»* (27 tiradores): primer premio, Sr. Feliu; segundo, Sr. Casanovas. — *Copa del marqués de Monteflorido* (27 tiradores); señor Carles.

Además se han efectuado todos los días varios *matches* y *poules*, en los que han demostrado su destreza muchos tiradores.

Las tiradas han sido presenciadas por un público tan numeroso como selecto. — S.



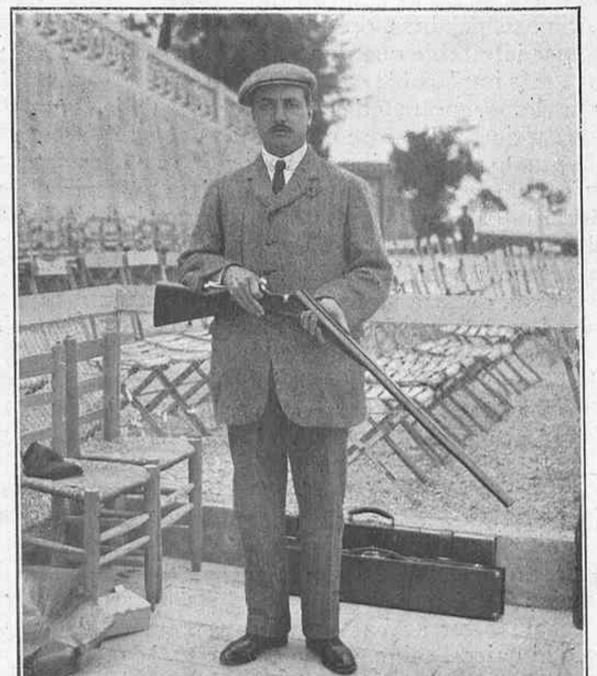
Sport vasco.—Vencedores de los campeonatos individual y por parejas

tiradores de esta ciudad y muchos de Madrid, Sevilla y Valencia.

Los resultados de las tiradas efectuadas hasta ahora son los



Tiro de pichón.—Tribuna reservada á los tiradores



El Sr. Gal, vencedor en el Campeonato de Barcelona

ACTUALIDADES BARCELONESAS

ORFEÓN DONOSTIARRA.—SPORT VASCO.

CONCURSOS DE TIRO DE PICHÓN

(De fotografías de nuestro reportero Sr. Merletti.)

EL RECIENTE TERREMOTO DE ITALIA

(De fotografías de Argus Photo Reportage.)



La calle principal de Calitri después del desastre

Apenas transcurrido año y medio del desastre que destruyó gran parte de la ciudad de Messina y otras poblaciones de Sicilia y Calabria, un nuevo terremoto ha llevado la desolación a las regiones meridionales de Italia. Nápoles, Benavento, Consenza, Castellamare, Foggia, Bovino y Avellino experimentaron los efectos del fenómeno sísmico, que se produjo en la madrugada del día 7; pero ninguna de estas localidades sufrió daños materiales. Éstos revistieron mayor importancia en San Andrea Conza, Sansizio, Lioni, Portini, Potenza, San Fele, Melfi y Vallata; mas en donde han alcanzado mayores proporciones ha sido en la aldea de Calitri; allí las casas que no han caído en ruinas han quedado gravemente dañadas y además ha habido sesenta muertos y gran número de heridos.

El espectáculo que ofrece aquel pueblo es verdaderamente aterrador; aunque, naturalmente, la catástrofe no se presenta con la horrible grandiosidad que en Messina, la desolación es la misma, pues ha desapare-

cido todo un barrio y las demás viviendas hállanse, en gran parte, convertidas en informes montones de escombros ó amenazan ruina.

El castillo que dominaba á Calitri se desplomó sobre las casas, construidas en la vertiente de una colina y escalonadas unas sobre otras, y, en un momento, la aldea quedó poco menos que arrasada.

Si no hubo mayor número de víctimas, debióse á la circunstancia de que, á pesar de la hora temprana en que ocurrió la catástrofe, la mayoría de los habitantes del pueblo habían ya salido de éste para ir á cultivar sus campos, distantes, muchos de ellos, dos y tres leguas de la población.

En la actualidad, los sobrevivientes acampan en barracones, pues aun las casas que permanecen en pie están en tal estado, que el vivir en ellas resulta peligroso.

Así que tuvieron noticia del suceso, partieron para los lugares damnificados el rey Víctor Manuel y la reina Elena, acompañados del ministro de Obras Públicas Sr. Sacchi y el duque de Aosta. Éste y los soberanos visitaron Calitri y San Fele, distribuyendo socorros, auxiliando á los heridos



Habitantes de Calitri albergados en barracones por haber sido destruidas sus viviendas

y presenciando los trabajos de salvamento de los que habían sido sepultados entre las ruinas.— P.

ANEMIA DEBILIDAD Verdadero HIERRO QUEVENNE
Curadas por el
El mas activo y economico, el unico Inalterable.— Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, Paris.

NUEVA REIMPRESIÓN

**PENSAMIENTOS —
— Y RECUERDOS**

DE OTÓN, PRÍNCIPE DE BISMARCK

Notabilísima obra que constituye una herencia preciosa para la Historia, y es fuente de sin igual riqueza para los estadistas é historiadores de todas las naciones. Forma dos tomos de más de 400 páginas cada uno, ilustrados profusamente, y encuadernados en tela con corte dorado, y se vende al precio de 15 ptas. en la casa editorial de Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

APIOLINA CHAPOTEAUT



Regulariza el *flujo mensual*,
corta los *retrasos* y
supresiones asi como
los *dolores* y *cólicos*
que suelen coincidir con las
épocas.

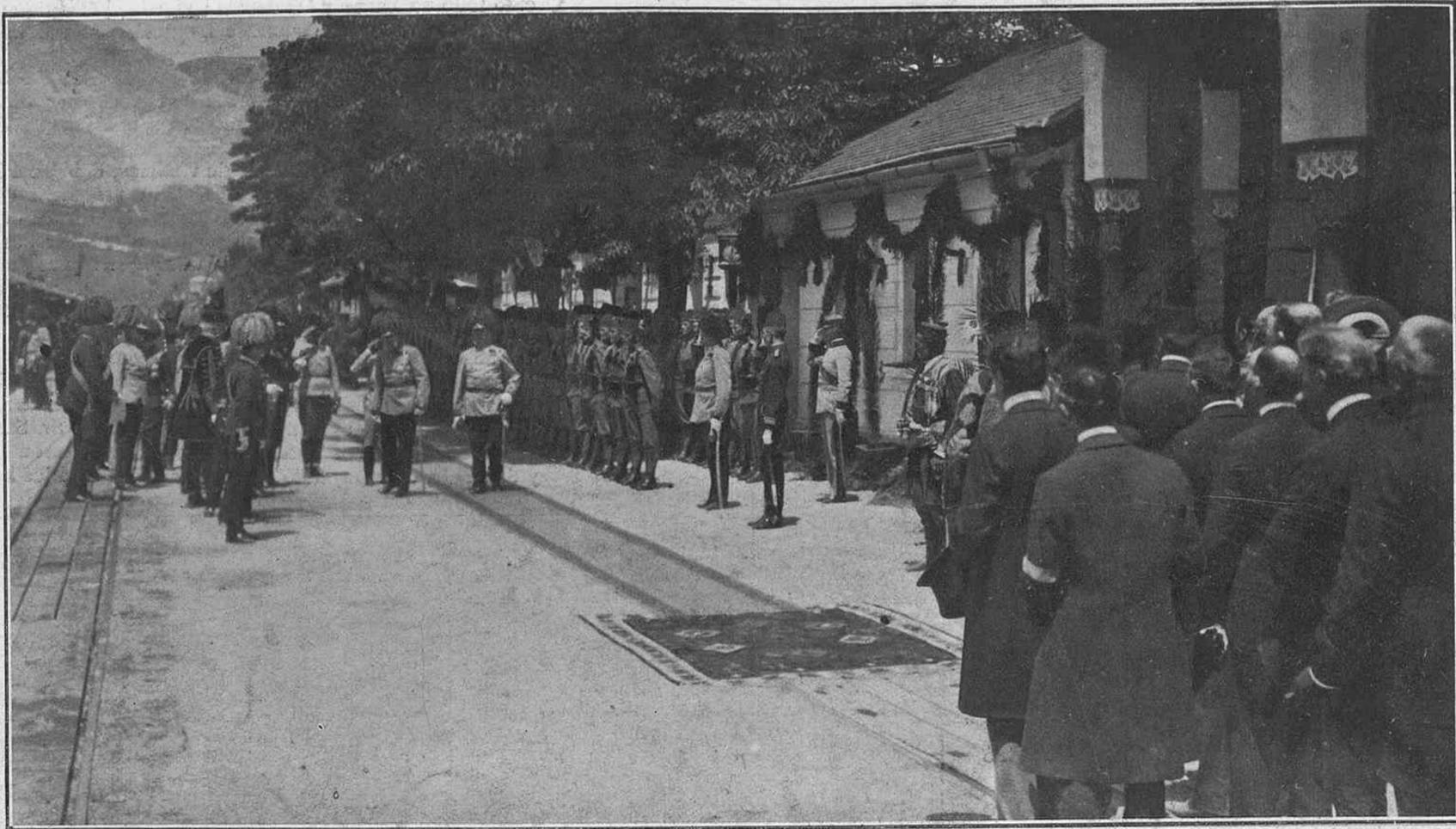
PARIS, 8, Rue Violente
y en todas farmacias.

SALUD DE LAS SEÑORAS

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
SOBERANO CONTRA
CATARRO — ASMA — OPRESIÓN
30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
Todas Farmacias.

PATE EPILATOIRE DUSSER

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Exito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empiése el **FILIVOË**. **DUSSER**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.



Viaje del emperador Francisco José á Bosnia y Herzegovina.—Llegada del emperador á Mostar, capital de la Herzegovina (De fotografía de Carlos Trampus.)

De verdaderamente triunfal puede calificarse el viaje que el emperador Francisco José I ha realizado recientemente á las provincias de Bosnia y Herzegovina. El anciano monarca, á pesar de las observaciones de todos sus consejeros y sin tener en cuenta su avanzada edad, que se acerca á los ochenta años, ha querido conocer personalmente las posesiones hace poco anexionadas á la corona de Austria Hungría, y las poblaciones de estos territorios, agradecidas á la deferencia del venerable soberano, le han tributado en todas partes las más carifiosas y entusiastas ovaciones.

El emperador llegó á la frontera bosniana el día 30 de mayo último y aquel mismo día entró en la capital, Sarajevo. Era la primera vez, después de cuatro siglos y medio, que la ciudad recibía la visita de su soberano, y los habitantes dispensaron á Francisco José un recibimiento caluroso, superior á cuanto podían esperar los más optimistas.

Durante los tres días de su permanencia en Sarajevo, sucediéronse casi sin interrupción los banquetes de gala, las recepciones, las audiencias, y en todas estas ceremonias, el emperador captóse las simpatías de toda la población por su bondad, por su amabilidad y por el interés

verdadero que demostró respecto de todo cuanto se refería al bienestar de la provincia.

El día 3 de este mes llegó á Mostar, capital de la Herzegovina, en donde fué recibido con igual entusiasmo que en Sarajevo; y después de haber estado allí unas horas regresó á Viena.

Si los bosnios y herzegovinos han quedado entusiasmados con la visita de su emperador, á quien acompañaron su ministro de Negocios Extranjeros, conde de Aerenthal y un brillante séquito, no menos satisfecho se ha mostrado el anciano monarca de su viaje, pues ante las muestras elocuentes de afecto que no han cesado de prodigarle sus nuevos súbditos, hubo de decir en Sarajevo, al gobernador del país, general Vesarinvi: «Os aseguro que después de cuanto acabo de ver, me siento rejuvenecido en veinte años.»

Para que se comprenda el efecto que en aquellas poblaciones ha producido la presencia del emperador, reproduciremos las siguientes palabras de un alto dignatario bosnio: «Hace más de cuatro siglos que los turcos conquistaron la Bosnia y nunca un sultán vino á visitarnos; el emperador Francisco José ha venido inmediatamente, y nunca podremos agradecerle bastante»

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demás purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

DICCIONARIO de las lenguas española y francesa comparadas

Redactado con presencia de los de las Academias Española y Francesa, *Bescherelle, Littré, Salvá* y los últimamente publicados, por D. NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA. — Contiene la significación de todas las palabras de ambas lenguas; voces antiguas; neologismos; etimologías; términos de ciencias, artes y oficios; frases, proverbios, refranes é idiotismos, así como el uso familiar de las voces y la pronunciación figurada. — Cuatro tomos: 55 pesetas.

Montaner y Simón, editores. — Aragón, 255, BARCELONA

AVISO Á LAS SENORAS
EL APIOL DE LOS **DRS JORET-HONOLLE**
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
F^{ca} G. SEGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

INFLUENZA ★ **RACHITIS**
ANEMIA ★ **CLOROSIS**
★ **VINO AROUD** ★
★ **CARNE - QUINA - HIERRO** ★
El más poderoso Regenerador.

VIDA DE LA VIRGEN MARÍA
CON LA HISTORIA DE SU CULTO
EN ESPAÑA
Dos tomos en folio, ricamente encuadernados,
100 pesetas

ROB
BOYVEAU - LAFFECTEUR
*
Célebre Depurativo Vegetal
cura las
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpés, Acne.
EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO
H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & C^{ia}, 102, R. Richelieu, Paris.
Todas Farmacias.

ANEMIA + CLOROSIS
APROBACION de la ACADEMIA
de MEDICINA de PARIS
Las Auténticas
PILDORAS DE BLANCARD
de Paris (2 á 6 al día)
no se venden sueltas
EXÍJANSE LA FIRMA Y EL
RÓTULO VERDE

JARABE DE BLANCARD
Inalterable (2 á 3 cucharadas al día)
DESCONFIESE
de los SIMILARES INEFICACES
LEUCORREA + DEBILIDADES